

Por Edgard Mason V.

**COMO PROGRESAN:
LOS PAISES, LAS
EMPRESAS Y
LAS PERSONAS**

EDITORIAL  **POSADA**

Primera edición, diciembre de 1995

© 1995, Edgar Mason
© 1995, Editorial Posada, S.A. de C.V.
Calle 1 No. 42
Col. San Pedro de los Pinos
Deleg. Benito Juárez
C.P. 03800, México, D.F.
Derechos reservados
Impreso en México / Printed in Mexico
ISBN 968-433-345-5

Introducción		
Capítulo I	Las ideas tienen fuerza	13
Capítulo II	Cómo progresan las naciones	23
Capítulo III	La empresa de éxito	47
Capítulo IV	Nuestro camino hacia el progreso	69
Capítulo V	Gigantescos horizontes	99
Conclusiones		107

INTRODUCCION

Nos ha tocado de suerte vivir en una época de extraordinaria importancia en la historia de la humanidad, en la cual los cambios se dan con una velocidad asombrosa, quizá en premura por iniciar el nuevo siglo XXI.

El bloque socialista, el muro de Berlín, la Unión Soviética... cayeron desintegrados ante nuestros ojos en unos cuantos meses y, aquellas personas educadas en sus principios y conceptos durante décadas, ahora de golpe, tienen que incorporarse a un mundo de libre competencia y economía de mercado, prácticamente de la noche a la mañana.

Nuestro propio país vio cómo se reprivatizó la banca, el servicio telefónico, canales de televisión... cómo, de ser una de las economías más cerradas del mundo, en unos cuantos años nos convertimos en una de las más abiertas; incluso vimos cómo se derrumbó el mito de la reforma agraria y el ejido, todo ésto en un solo sexenio.

Y, ¿qué se oculta detrás de todos estos extraordinarios cambios? En primer lugar: el reconocimiento por parte de los gobiernos y de millones y millones de personas del fracaso que, en materia económica —y también en otros campos—, significó el excesivo intervencionismo gubernamental. Aprendieron, no con pocos sufrimientos, que los gobiernos no pueden, ni deben, ni saben hacerlo todo y que la gran mayoría de las veces actúan mal y a un costo muy elevado. En segundo lugar la esperanza de que la caída del estatismo, aunada al nacimiento de una economía de libre mercado, traerán como resultado el tan anhelado progreso.

Necesitamos progresar, mejorar el nivel de vida de nuestros pueblos y el propio pero, ¿cómo? Y, es el deseo de dar una respuesta a esta interrogante lo que ha generado mi inquietud por escribir este libro.

Se trata, en lo fundamental, de recabar las ideas, las políticas, los conceptos y las actitudes que han hecho posible el que otras naciones y otros pueblos logran superar la pobreza.

Analizar brevemente aquello que a nivel macroeconómico, ha permitido que los pueblos crezcan, los sistemas más adecuados al progreso humano. También, a nivel microeconómico, las transformaciones que han vivido y viven las

empresas y las personas que han dejado atrás el subdesarrollo.

Se trata de dar al lector un bosquejo de lo que han hecho otros países y lo que debemos hacer nosotros para vencer la pobreza ahora, cuando al parecer se están dando cambios de fondo que, de ser bien llevados, podrán permitir el progreso económico a mediano y a largo plazo.

Y más aún, se trata también de hacernos ver cuál debe ser nuestra actitud, como miembros de una empresa y como individuos, a fin de lograr nuestro muy particular progreso y, con ello cooperar con el país.

Porque ahora más que antes, se impone cambiar actitudes, vencer nuestro subdesarrollo mental; entender que la generación de riqueza no responde únicamente a fenómenos naturales, ni a las políticas gubernamentales, menos aún a golpes de suerte en la lotería, sino a nuestra capacidad para cambiar nuestras actitudes y convertirnos en seres humanos mucho más productivos.

Y, se trata de un tema que cada día atrae más la atención de los especialistas y del público en general, porque se está entendiendo que es en las actitudes, en la mentalidad progresista o subdesarrollada imbuida a nuestros niños donde empiezan a gestarse nuestras limitaciones, nuestros atrasos o bien; nuestras ambiciones, sueños y anhelos de triunfo.

CAPITULO I

LAS IDEAS TIENEN FUERZA

"Las grandes ideas sólo son fecundas cuando a ellas se asocia un espíritu capaz de realizarlas".

G. Papini.

El bienestar del cual como sociedad y como individuos estamos disfrutando, es el resultado de nuestro trabajo, pero también y de una manera muy especial, el de nuestros padres, nuestros abuelos y de los abuelos de nuestros abuelos a través de decenas y cientos de generaciones.

Si tuviéramos que empezar a construir el mundo cada que nace una generación, nunca pasaríamos de la mera lucha por la sobrevivencia, de un esfuerzo constante para tan sólo conseguir el alimento, como lo hacen la gran mayoría de los animales.

Hoy día podemos, con unos cuantos minutos de trabajo, obtener los ingresos suficientes para adquirir una pluma o un cuaderno, y nos parece

lo más natural; pero ¿nos hemos detenido a pensar por qué, a cambio de un esfuerzo relativamente pequeño podemos adquirir un producto el cual, si lo pretendiéramos construir con nuestras propias manos nos llevaría meses o simplemente nunca podríamos hacerlo? Porque estamos usufructuando la enorme pirámide de esfuerzos, ahorros, sacrificio y trabajo que nuestros antecesores nos legaron; estamos en la cima de la misma.

Raras veces nos detenemos a valorar el legado que hemos recibido; el confort del que disfrutamos cada vez que escuchamos en un disco a una orquesta sinfónica de calidad interpretar las grandes obras del genio musical humano, el cual podemos repetir una y cien veces. Ese es un lujo que hace apenas un siglo, sólo podían darse de vez en cuando algunos al asistir a un concierto.

Hemos heredado el trabajo acumulado por cientos y miles de años, empero, antes estaba y está: la idea.

Las ideas tienen fuerza ¡y vaya que la tienen!, dentro de una casa, en nuestra vestimenta podemos ver el resultado de un cúmulo enorme de ideas, mismas que son anteriores al trabajo y que le dan a éste su sentido.

Detrás de una tela sintética, de un reloj, de una lámpara, está una suma invisible pero real y cierta de ideas. Si ese producto está ahí es porque muchos hombres pensaron en torno a él.

Quien inventa el producto, quien lo perfecciona, el que lo elabora, el que lo comercializa, quien lo transporta, el que le hace publicidad, incluso el comprador; han tenido ideas.

Pero no sólo los millones de bienes y servicios que hay en nuestra sociedad son hijos legítimos de las ideas, también el comportamiento: el hombre como especie y como individuo, debe mucho a las ideas que evolucionan hasta convertirse en ideologías.

Detrás de un sistema socialista o de uno liberal —en el auténtico sentido de la palabra—, de uno fascista o uno feudal hay un enorme cúmulo de ideas y, el éxito o el fracaso de los individuos y de las empresas, dependen de ellas.

Cierto: las ideologías no siempre arrojan resultados positivos, una equivocada puede ser y de hecho *es* terrible y destructiva pero, con todos los riesgos que existen debemos recordar que la evolución, no sólo económica, sino también cultural y filosófica del hombre es fruto de sus ideas.

No debemos dejar a un lado, ni minusvalorar el peso de las ideas, porque una sola de ellas puede cambiar el destino de un individuo, de una empresa, de un país o de toda la humanidad.

El cristianismo cambió la manera de pensar de parte del mundo y el islamismo hizo otro tanto, Carlos Marx y el socialismo arrastraron a millones y este sistema cae hoy día aplastado, no por

tanques de guerra ni por bombas atómicas, sino por otra ideología. Las políticas levantan o hunden un país.

Y precisamente porque usted entiende o intuye el valor de las ideas, está leyendo este libro, en una época en la que uno de nuestros problemas más serios estriba en la escasa disposición que tiene la mayoría de la gente a favor de las ideas, sobre todo las profundas, de las que cambian positivamente la vida de las personas.

Son más los que prefieren pagar millones de dólares a un individuo por golpear a otro en un cuadrilátero, o a un grupo por destrozar la música, a un futbolista por pegarle a un balón, que a alguien cuya noción del mundo puede despertar las ideas que cambian nuestro destino. Un libro, una sola frase de él, puede cambiar nuestra vida, lo cual no ocurre —por lo menos positivamente, con una cerveza— observemos cuántos de los primeros y cuántos de los segundos se venden.

En todo México hay 375 librerías, en tanto que sólo en Ciudad Juárez, Chihuahua, hay 850 cantinas, un indicador de la preferencia que el mexicano común le da al alcohol sobre los libros.

Cuenta una anécdota que el maestro José Vasconcelos, uno de los intelectuales más destacados que ha dado este país y amigo del torero Silverio Pérez, en cierta ocasión le preguntó a éste cuánto ganaba por corrida, el matador después de resis-

tirse un poco le dijo que entre 100 y 150 mil pesos de aquel entonces, el filósofo abrió anormalmente los ojos y sin poder ocultar su asombro le dijo: ¡¿Qué, ciento cincuenta mil pesos?! ¿Sabe usted cuánto me pagaron por mi *Ulises criollo*? —uno de sus más importantes libros—, cinco mil pesos, a lo cual el torero le contestó ni tardo ni perezoso: “a torear maestro, a torear”.

En casi todas las épocas las ideas y sobre todo aquellas que tratan la parte más profunda del ser humano, han estado más o menos mal pagadas; fruto del pequeño valor que les concede la mayoría de la gente y este siglo del “hombre masa” de Ortega y Gasset no es la excepción, por el contrario ahora son valoradas mucho menos que en otros tiempos.

La gente común no quiere pensar en aspectos verdaderamente profundos, no está acostumbrada, ni educada para ello, le incomoda e incluso le lastima y cuando se encuentra a solas consigo misma realiza un gran esfuerzo para no enfrentarse a su realidad, se evade con la música, con el televisor, con una revista intrascendente.

Mas el rechazo de muchos hacia tener ideas, no hace a éstas menos importantes, sino todo lo contrario, pues ellas queramos o no, nos gobiernan, nos encauzan, las ideas de una u otra forma dirigen al mundo.

Y precisamente porque son relativamente es-

casas, se vuelven más valiosas y quienes las conocen y las conciben, tienen en sus manos el instrumento que transforma al mundo y a nosotros mismos.

Con todas nuestras diferencias, lo que nos hermana a quien escribe y a quienes leen, es el hambre de ideas e incluso en ocasiones el amor a las mismas; tenemos la obligación para con nosotros mismos y quienes nos rodean de encontrar nuevas y mejores ideas, de asimilarlas y traducirlas en una parte profunda de nuestra mente de tal manera que nos permitan enriquecernos en muchos sentidos, enriquecer a otros, y ser mejores.

A final de cuentas venimos a este mundo para ser mejores porque es aquí, en el sentido profundo de la palabra, donde confiamos encontrar ese algo intangible pero cierto que es la felicidad, o por lo menos alguna forma de felicidad y realización.

Con la fuerza de las ideas, la cual en sentido figurado es mucho mayor que la de las bombas—pues aquellas las concibieron, las crearon, las perfeccionaron y son paradójicamente, las que pueden detenerlas y destruirlas—, busquemos el camino para transformar a otros y transformarnos en mejores seres humanos.

Después de la idea y para que ésta tenga sentido viene la acción. De una u otra forma, en uno u otro campo, debemos tener el valor y el espíritu de sacrificio necesarios para acomodarla en lo

que consideremos su lugar adecuado. La idea por sí sola es valiosa, pero no suficiente, hay que actuar con fidelidad y congruencia hacia ella hasta hacerla parte de nosotros.

El progreso, en última instancia, viene a ser un cúmulo de ideas acertadas bien aplicadas. Otros factores de todo tipo pueden y de hecho influyen en los niveles de vida de las sociedades e individuos, pero en última instancia la experiencia nos ha demostrado tercamente, que son las ideas quienes llevan al ser humano hacia un permanente, real y profundo progreso.

Tengamos el valor de conocer nuevas ideas, de tener las propias y aplicarlas en beneficio de todos a fin de lograr eso que llamamos progreso; eso que en todo el mundo ha nacido como fruto precioso de las mismas y su adecuada aplicación, no de la casualidad ni de un golpe de suerte.

Así como el alimento es bueno cuando lo masticamos bien, lo digerimos y lo convertimos en una parte de nosotros mismos; de nuestra piel o nuestro cerebro, las ideas realmente cumplen con su finalidad cuando las aceptamos, las masticamos una y otra vez, las digerimos y las convertimos en parte de nosotros mismos; de nuestra visión del mundo.

En este trabajo buscamos comunicar esas ideas que han hecho prósperos a otros pueblos, empresas y personas. Pero, siendo éste un paso impor-

tante, no es suficiente si no somos capaces de convertirlas en realidades y es ahí donde el esfuerzo de cada quien es necesario.

CAPITULO II

COMO PROGRESAN LAS NACIONES

“Más nada es necesario para lograr la opulencia del más bajo barbarismo que el que haya paz, bajos impuestos y una tolerable administración de justicia; todo lo demás se produce dejando que la naturaleza siga su curso”.

“Todos los gobiernos que impiden el curso de la libertad natural, que encauzan las cosas a la fuerza por otros canales, y que tratan de impedir el progreso de la sociedad en algún punto particular, son innaturales y por lo tanto tienen obligatoriamente que ser obsesivos y tiránicos”.

Adam Smith.

A través de la historia han surgido numerosas teorías que pretenden explicar el por qué unos pueblos progresan, en tanto que otros se estancan e incluso desaparecen, las cuales van de las explica-

ciones más simplistas a las elucubraciones matemáticas más elaboradas.

Entre los grandes imperios de la antigüedad dominó la creencia de que el progreso era un designio divino, la elección de los dioses hacia un pueblo determinado, lo cual lo colocaba en la cima del mundo: hebreos, aztecas, romanos... cada cual en su momento se calificó como pueblo elegido.

Al determinismo teológico siguió el racial —en ocasiones viajaron juntos—, en el cual se establecía que estaba en la sangre, en la “raza” de un pueblo, el factor determinante del progreso.

Lo curioso es que, pese a ser estos argumentos esgrimidos desde hace miles de años, y a que nuestro mundo ha alcanzado avances extraordinarios en economía, ciencia y tecnología, hoy día aún hay millones de personas que siguen adjudicándole al “destino manifiesto” y a las características raciales, las causas fundamentales del progreso.

Recordemos que el nacionalsocialismo alemán empujó a un pueblo a la guerra bajo la teoría de que su raza estaba llamada a prevalecer por encima de las demás por su “categoría superior”.

Aún hoy día hay alemanes, japoneses, ingleses y chamulas que creen en la superioridad de sus respectivos linajes.

¿¿Cuán poco puede evolucionar la mentalidad

de tantos hombres después de siglos y decenas de siglos, cuando en otros campos hemos cambiado tan drásticamente en el mismo tiempo?!

Si hay algún pueblo predestinado al progreso por encima de los demás, no lo sabemos ni parecen existir pruebas tangibles de ello. Si existe alguna “raza superior” tampoco lo sabemos y la historia no refuerza ni una teoría ni la otra ya que hemos visto cómo al paso de los siglos se han dado cambios drásticos en cuanto al progreso humano: los países del norte de Europa, hoy tan avanzados, eran semisalvajes, hace dos mil años, cuando los del sur de Europa —principalmente Grecia y Roma— eran la cuna de la civilización, la China miserable de hoy fue un gran imperio tiempo atrás. Igual es factible pensar, que los pueblos hambrientos de hoy puedan ser prósperos mañana.

Podríamos esgrimir un buen número de argumentos que contradicen tanto la teoría del determinismo teológico como del racial, empero no es necesario, ya que la realidad que hoy vivimos es, en sí, una muestra palpable de que ninguna de las dos es la causa del desarrollo de los pueblos.

Han progresado notablemente los pueblos europeos, pero también lo han hecho los orientales en años recientes: Japón, Corea del Sur, Taiwan, Singapur, la colonia británica de Hong Kong y se trata de pueblos muy distintos. Recordemos

que el país con la economía más poderosa del mundo, los Estados Unidos, es un pueblo conformado por gente de muchos países y culturas; lo cual no fue obstáculo para que lograran el liderazgo que ahora tienen.

También se argumentó que las condiciones climatológicas juegan un papel definitivo en cuanto al logro del progreso de un país. Ciertamente en casos extremos, como el de los esquimales y los beduinos, el factor climatológico es determinante, pero estos casos son excepcionales. El frío no ha sido factor determinante para evitar el progreso de naciones como Noruega y Suecia, la segunda hoy día con uno de los más altos niveles de vida a nivel mundial; como tampoco lo fue el calor para el desarrollo del imperio egipcio, de lo que en un tiempo fue “el milagro brasileño”, ni para el extraordinario crecimiento actual de los calurosos Singapur y Hong Kong. Ciertamente el frío extremo de los polos y el calor de los desiertos, no son factores que favorezcan el progreso, pero la mayoría de los pueblos no viven bajo esas condiciones.

Para otros la causa principal del progreso de las naciones radica en la cantidad de recursos naturales con los que cada sociedad cuenta. Aunque es innegable la importancia que tienen los recursos naturales, es un hecho que países generosamente dotados por la naturaleza —como es el

caso de México— permanecen pobres y estancados, cuando otros que no los poseen, por lo menos no en cantidad importante, crecen con rapidez y estabilidad, como es el caso de: Japón, la colonia de Hong Kong y demás.

No pretendemos negar la influencia positiva o negativa que algunos factores ya señalados pueden tener en el desarrollo de un país, pero es un hecho que: ni la raza, ni los recursos naturales, ni el clima, son los factores determinantes del progreso en un país y aún suponiendo que así fuera, nuestro país no está en desventaja en ninguno de esos dos planos, lo que no explica nuestro atraso. Por ende, debemos buscar la respuesta en otra parte. Y es ahí donde regresamos a la enorme importancia que tienen las ideas y más hoy día que en el pasado.

Hace doscientos años una de las mentes más brillantes de la humanidad, la de Adam Smith, descubrió algunos de los factores fundamentales que permiten el progreso de una sociedad y los plasmó en su principal obra: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. En ella nos habla sobre las grandes ventajas de la división social del trabajo, del interés personal, pero sobre todo pone énfasis en la enorme importancia que tiene para el progreso de un pueblo, la libertad:

“Es suficiente que dejemos al hombre abandonado a su iniciativa, para que al perseguir su propio interés promueva el de los demás. La naturaleza encomienda a cada uno de nosotros el cuidado de sus negocios en la inteligencia de que nadie es más capaz que el propio interesado para juzgar lo que le conviene en cada caso concreto. Pero las cosas se encuentran dispuestas de tal forma que buscando nuestro bienestar y nuestro acomodo, sin pretenderlo promovemos la satisfacción de las necesidades ajenas, mejor que pudiera hacerlo el gobierno más previsor y prudente”.

Aunque las palabras de Adam Smith puedan parecernos poco relevantes, a fines del siglo veinte, cuando el mundo entero está aceptando las grandes ventajas que encierra para el progreso de una nación la libertad económica y la libre iniciativa; en su momento fueron pronunciamientos revolucionarios que cimbraron las mentes y más tarde, las economías del mundo y fomentaron el progreso a nivel mundial.

El “padre de la economía” creía en el hombre, pero en el hombre libre —que es a final de cuentas la única forma en que puede manifestarse como tal—, en el de la calle, el ciudadano común.

Y, consideraba que el uso social positivo que puede hacer de su propia vida supera con creces los aspectos negativos que de ella se pueden derivar.

Los años y la experiencia han servido para demostrar que la confianza en los logros de un pueblo formado por hombres libres se justifica plenamente.

Cuando Alemania quedó destrozada por la Segunda Guerra Mundial, y los pronósticos sobre el futuro de aquella nación eran por demás pesimistas; cuando Ludwig Erhard, el forjador del llamado “milagro alemán”, empezó sus funciones como director de Administración Económica el 2 de marzo de 1948, describió la situación por que atravesaba su país de la siguiente manera:

“Era la época en la cual se calculaba en Alemania que cada alemán podía comprar un plato cada cinco años, un par de zapatos cada doce, y sólo cada cincuenta años un traje; que de cada cinco niños de pecho sólo uno tenía pañales propios y de cada tres alemanes uno solo tendrá probabilidades de ser enterrado en su propio ataúd. Y en verdad que ésta parecía la única probabilidad que nos quedaba”. (*)

(*) *Bienestar para todos*, pág. 29.

Ante este aterrador panorama, de una economía destruida, la cual en 1947 apenas producía el equivalente al 39 por ciento respecto a 1936, con millones de refugiados hambrientos quienes, para 1953 sumaban ya los diez millones, el señor Erhard creyó en la enorme potencialidad que puede desplegar una sociedad libre y permitió que las fuerzas del mercado actuaran espontáneamente. Los resultados serían en verdad impresionantes.

El Producto Social Bruto o sea la riqueza producida —a precios de 1954—, creció en tan sólo una década de 113.1 millones de marcos en 1950 a 213.6 en 1959, o sea prácticamente el doble y la producción industrial que, de 1950 a 1959, aumentó el 179 por ciento en Francia, el 149 por ciento en Noruega, el 134 por ciento en Estados Unidos, el 130 por ciento en Gran Bretaña y el 138 por ciento en Dinamarca; en Alemania lo hizo en un 225 por ciento.

Así una década después de que Ludwig Erhard llegara a dirigir una economía devastada, la Alemania destruida se convertía en la segunda potencia exportadora del mundo y se proyectaba como la economía más vigorosa de Europa, tal como hoy lo es.

Cuando se le preguntó a Erhard sobre el cómo había logrado aquel milagro económico él se concretó a decir:

“Lo que se ha llevado a cabo en Alemania estos últimos nueve años es todo lo contrario de un milagro. Es tan sólo la consecuencia del esfuerzo honrado de todo un pueblo que, siguiendo principios liberales, ha conquistado la posibilidad de volver a emplear iniciativas humanas, humanas energías. Por tanto, si este ejemplo alemán ha de tener algún sentido más allá de las propias fronteras, el único sentido será hacer presente al mundo entero el triunfo de la libertad humana y la libre movilidad de la economía”. (*)

Pero veamos otro ejemplo:

Corea del Sur tiene un territorio equivalente a una vigésima parte del territorio mexicano, o sea casi la superficie que ocupa el estado de Oaxaca y, en ella, viven cerca de 45 millones de personas —más de la mitad de los que habitan nuestro país— no tienen petróleo, ni gas, casi carecen de suelos agrícolas, sus bosques fueron gravemente destruidos durante la ocupación japonesa, poseen pocos minerales... en pocas palabras haciendo un recuento de su posibilidad en cuanto a recursos naturales podríamos decir que es uno de los países sentenciados a la pobreza.

(*) *Op. Cit.*, pág. 136.

Para 1961 su producto por habitante era de apenas US 82 dólares, cuando aquí era de US 138 dólares, un 68 por ciento mayor, y un obrero ganaba casi la quinta parte de lo que obtenía en nuestro país, era en realidad un pueblo pobre.

En la actualidad es uno de los países con mayores tasas de incremento económico en el mundo. De 1962 a la fecha, su producto nacional interno bruto se ha incrementado en un promedio anual cercano al 9.0 por ciento; el sector industrial ha crecido casi el trece por ciento anual; la tasa del desempleo se redujo del 8.2 por ciento en 1963, a poco más del tres por ciento actualmente y, el exterior ha crecido nominalmente el 36 por ciento.

Mientras que a los años ochenta se les bautizó como la "década perdida" para América Latina, países como Corea del Sur, con base en la libertad de empresas escalaron lugares hasta colocarse en la antesala del club de los países industrializados y han superado fácilmente el ingreso *per capita* de México.

El caso coreano es semejante al de Taiwan, Hong Kong, Singapur, como el japonés y el alemán, ¿qué tienen todos ellos en común? No es la nacionalidad, ni el clima, tampoco la religión o la historia; sino un sistema de libertad económica. No es total ni perfecto, pero tiene un margen mucho mayor para la libre iniciativa que el resto de los países y con él se ha dado el crecimiento

económico, el incremento en los niveles de vida, en el empleo, etcétera.

La humanidad ha caminado con dolor durante los últimos diez mil años, y no siempre por el rumbo adecuado; con contratiempos y no pocos retrocesos hacia la libertad. Y, las épocas en las cuales los pueblos han tenido mayores progresos, no sólo económicos, sino también artísticos y científicos; han coincidido con aquellos en los cuales gozaron de un mayor margen relativo de libertad.

Ya Pericles, forjador en parte de aquella maravillosa Atenas, había señalado:

“La libertad que disfrutamos en nuestros gobiernos se extiende también a la vida ordinaria, donde, lejos de ejercer celosa vigilancia sobre todos y cada uno, no sentimos cólera porque nuestro vecino haga lo que desee”. (*)

Más, aunque la libertad económica que significa: permitir el libre juego del mercado, fomentar la competencia, librar las potencialidades individuales, mantener al gobierno al margen del control de la economía resulta fundamental para el progreso de un país, no es por sí misma sufi-

(*) Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*.

ciente. Otro factor de gran importancia es la seguridad en la propiedad.

Cuando hablamos de libertad económica, no faltan quienes quieren poner como modelo de la misma a México, esto lamentablemente está muy lejos de la realidad.

El excesivo estatismo, caracterizado por la multiplicación de empresas gubernamentales monopólicas: Pemex, Ferrocarriles Nacionales de México, CFE, etcétera, el exceso de leyes y reglamentos, el ejido, las concesiones... características de un sistema semifeudal, mercantilista, con marcadas dosis de populismo y socialismo como el que nos ha gobernado desde mucho tiempo atrás, ha limitado drásticamente nuestra libertad de emprender.

Por fortuna los tiempos han cambiado en el mundo y en México, el estatismo más o menos socializante, se ha desprestigiado como resultado de sus propios fracasos económicos y sociales. Ahora los vientos que soplan son los del libre mercado y aparatos gubernamentales más reducidos y eficientes.

En nuestro caso la apertura comercial, las reprivatizaciones y otros cambios en política económica, han ampliado nuestra libertad, pero aún queda mucho por andar en campos como: política fiscal, excesivo reglamentarismo, política

laboral y además, en los que de una u otra forma se limita la libertad de quien emprende.

Un sistema de economía de mercado eficiente y próspero se caracteriza, entre otras cosas, por su alto índice de libertad, lo que a su vez fomenta la competencia y con ello eleva los niveles de vida de los consumidores. Aquí tuvimos durante la mayor parte de nuestra historia —y en buena medida aún hoy día—, un sistema sin libertad que fomentaba el monopolio, con ello la incompetencia y todo ello hacía su víctima al consumidor.

Si tenemos una sociedad en la cual existe un amplio margen de libertad económica, la división social del trabajo, la especialización y demás aspectos de los cuales hablaba Adam Smith, se darán por sí solos, sin la necesidad de que intervenga gobierno alguno.

Ahora mismo millones y millones de personas están esforzándose trabajando más de ocho horas, diez, doce... porque esperan tener su casa, un terreno, un automóvil, un tocadiscos, etcétera. Si a esas personas se les prohibiera tener propiedades o supieran que en cualquier momento se las van a quitar, no tendrían por lógica el estímulo suficiente para sacrificarse, ahorrar y producir.

Desde el empleado más humilde hasta el magnate que dirige un gran consorcio financiero; el estímulo de la propiedad tiene una importancia

fundamental y, los atentados que contra el derecho a la misma y su seguridad se cometan, afectarán drásticamente no sólo al progreso, sino también a los derechos fundamentales del hombre.

De la misma manera en que las épocas de barbarie, grave deterioro económico y social se caracterizan por la inseguridad en la propiedad —así ocurrió cuando las tribus bárbaras invadieron Europa, cuando los chichimecas atacaban a las culturas establecidas—, las épocas de progreso son aquellas en las cuales hay una notable seguridad en la propiedad.

El progreso de un país requiere de capital: maquinaria, herramientas, tecnología y para adquirirlo se necesita del ahorro, del sacrificio, de no consumir una parte de lo que tenemos para invertirla y que en el futuro nos reditue una ganancia. Si no existe la certeza —en lo posible—, de que el día de mañana seguiremos siendo dueños de nuestro patrimonio, no habrá incentivos para ahorrar y por ende tampoco habrá capital ni progreso.

Si observamos a los países que han alcanzado los más altos niveles de desarrollo observaremos que en todos ellos, existe un amplio margen de seguridad para la propiedad. En nuestro país tal cosa no sucede.

Dentro de la larga lista de atentados contra la

propiedad que padecemos en México destacan: 1) la inflación, que es una especie de impuesto oculto que absorbe una porción más o menos grande de lo que producimos; 2) los robos; 3) las extorsiones que cometen las autoridades deshonestas de muy variados tipos: policías, inspectores, políticos... 4) las estatizaciones; 5) las invasiones de predios, 6) los impuestos confiscatorios, etcétera.

No podemos esperar que uno de tantos albañiles que son detenidos por la policía y despojados de su “raya”, que la humilde señora a la que le robaron sus borregos, el comerciante que tuvo que dar una fuerte “mordida” al inspector en turno y tantos más que viven situaciones semejantes, al otro día tengan muchos deseos de trabajar y producir y menos aún si saben que más adelante van a ser víctimas de actos semejantes.

Como lo describo en mi libro *México y sus mexicanos*, la causa principal por la cual el mexicano ha sido y es derrochador por tradición, se puede encontrar en la falta de seguridad en la propiedad “lo comido y lo bailado ¿quién me lo quita?”, dice el pueblo y con ello manifiesta su pensar ante el riesgo de ser despojados del fruto de nuestro trabajo... mejor nos lo gastamos, lo antes posible.

La falta de seguridad en la propiedad es la que hace que millones de ejidatarios abandonen sus

predios, que los bosques sean absurdamente destruidos y los ríos contaminados, ya que como son de todos y de nadie a la vez, muy pocos tienen verdadero interés en preservarlos.

Y de todas nuestras propiedades la más importante es la vida misma. Por ello para que progresen los países, necesitan del mayor respeto posible a la libertad, la propiedad y la vida, sólo así podemos esperar que la mayoría de sus habitantes se esfuercen en producir y progresar.

En nuestro México necesitamos, al igual que en cualquier otro país, respeto a la vida, la propiedad y la libertad en mucha mayor medida que en la actualidad y para ello necesitamos un sistema más eficiente.

¿Y cómo podemos saber si un sistema es el adecuado o si, por el contrario constituye un obstáculo al progreso? Un sistema eficiente se caracteriza porque logra, en la mayor medida posible, armonizar los intereses creativos con los de la sociedad, en tanto que es ineficiente cuando enfrenta unos con otros.

El sistema eficiente es aquella "mano invisible" de la que hablaba Adam Smith —y que se ha prestado a muy erróneas y absurdas interpretaciones—, ese zapatero que hace calzado porque vive de ello, el carnicero que vende carne porque con ello obtiene ganancias pero además de beneficiarse como individuos, están be-

neficiando a su sociedad porque le dan zapatos y alimento, y ésta a su vez los premia en un intercambio espontáneo y libre (*).

Por el contrario, un mal sistema muestra sus fallas cuando los derechos e intereses de los particulares chocan con los de la sociedad, por ejemplo: el campesino cuando quema el bosque para sembrar maíz, destruyendo una enorme riqueza en madera, en tierra fértil, fauna y flora a cambio de alimento para él y su familia, o sea: su legítimo derecho a alimentarse, contra el legítimo de la sociedad de preservar sus áreas ecológicas.

¿Por qué ese hombre de campo destruye los árboles y daña a su sociedad? Porque esa tierra no es de él y por lo tanto no tiene el verdadero deseo e interés en protegerla y preservarla, sólo le importa explotarla y arrancar de ella algo de riqueza. El no es el culpable ni tampoco la sociedad, sino el sistema inadecuado. Si ese pedazo de bosque tuviera un propietario —con todos los derechos y obligaciones—, éste buscaría la manera más adecuada para él y su sociedad, de aprovecharlo.

Supongamos por ejemplo, que al plantar un

(*) *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones.* Adam Smith.

árbol en el jardín de su casa se encuentra una hermosa pieza de jade de la cultura olmeca con dos mil años de antigüedad; de acuerdo con nuestras leyes usted está obligado a entregarla a las autoridades a cambio de nada, pero por otro lado un extranjero le ofrece treinta mil dólares por la pieza ¿qué haría usted? Si la entrega, beneficia a su sociedad pero se perjudica usted mismo al privarse de una fortuna, si la vende perjudica a su pueblo pero se beneficia usted.

He aquí cómo el sistema en vez de armonizar sus legítimos intereses con los de la sociedad, los enfrenta y la pone en una difícil situación. Si tuviéramos otro sistema en el cual las autoridades correspondientes pudieran comprarle a buen precio la pieza, entonces usted podría elegir un camino conveniente para sus intereses y los de la sociedad.

Cuando miles de policías se percatan de que pueden ganar mucho más dinero, de que pueden beneficiarse como individuos haciéndole daño a la sociedad, atentando contra la libertad, la vida y la propiedad, cuando miles de inspectores, aduaneros, agentes de tránsito, políticos, se dan cuenta de que pueden ganar mucho dañando a la sociedad, podemos estar convencidos de que el sistema es inadecuado porque el actuar de manera antisocial es mucho más lucrativo que trabajar a favor de la sociedad.

Necesitamos un sistema en el cual el policía sepa que un menor índice de robos, de asaltos, de violaciones le significa un mejor salario, que si él beneficia a la sociedad, ésta a su vez lo premiará. Maestros que sepan que alumnos mejor preparados, con más clases impartidas representarán mejor remuneración; inspectores, políticos y demás que tengan mejores ingresos conforme ayuden a fomentar la eficiencia y la productividad de la sociedad.

Un pueblo que tiene la libertad para emprender, el respeto a la vida y a la propiedad, no tardará en verse sumergido en un ambiente de competencia económica —tanto en lo interno como en lo externo— y con ello vendrá la eficiencia, la productividad, la “excelencia empresarial” y otras muchas virtudes que hoy parecen reservadas a una pequeña élite de naciones.

Japón constituye un claro ejemplo de lo antes señalado, recordemos que esa nación hoy próspera, potencia industrial, punta de lanza en numerosos campos de la ciencia y la tecnología, productora de una amplia gama de bienes, apenas cuatro décadas atrás se caracterizaba por ser un país atrasado que producía todo tipo de “chácharas” de muy mala calidad, cuando japonés y corriente eran sinónimos. Mas, ellos aplicaron el sistema adecuado y éste los empujó a la eficiencia, ¿nosotros por qué no?

Todo aquello que limite injustamente nuestra libertad para producir de una u otra forma: canonjías y privilegios de algunos, monopolios, exceso de leyes y requisitos burocráticos, concesiones... todo aquello que atente contra el fruto de nuestro trabajo, contra la propiedad: impuestos excesivos, expropiaciones, incautaciones, robos... todo aquello que atente contra la vida: criminalidad, policías-delincuentes y demás, es contrario al progreso.

Son contados los casos en los cuales un gobierno o una sociedad desarrollada atentan contra los derechos a la libertad, la propiedad y la vida de las personas. Pero, ésto es una realidad, casi un denominador común en los países subdesarrollados: los atentados injustificados principalmente por parte de las autoridades, las cuales deberían defender a los ciudadanos.

Debemos reconocer que México es el paraíso de los "topes" no sólo porque tenemos el mayor porcentaje *per capita* en el mundo, sino porque éstos ejemplifican muy bien lo que sucede en el país cada vez que alguien quiere producir.

En un principio parece que el camino es por demás limpio y plano y basta empezar a recorrerlo para enfrentarnos con el primer tope: el permiso de uso de suelo, el segundo: las licencias, el tercero: la mordida al inspector fulano y así su-

cesivamente hasta que un proyecto que podía haber avanzado a cien por hora, lo hace a veinte o se queda frustrado a medio camino. No es poniéndole obstáculos legales y estatales a quien desea producir, como vamos a progresar.

Un sistema como el nuestro es aquel en el cual: 1) a quien no produce ni invierte, no hay quien lo moleste. Por el contrario le dan su playera de Solidaridad, una torta y un refresco, 2) a quien produce le caen todo tipo de complicaciones escurridadas en credenciales y 3) quien quiere invertir y producir dentro de la ley tiene aún más problemas que quien lo hace al margen de la misma. No parece ser el sistema adecuado para progresar.

Vivimos en una maravillosa época de cambios a nivel mundial y muchos de ellos son positivos. Esperemos que nuestro país, ante las presiones externas, la apertura comercial y las experiencias y presiones internas avance en el sentido correcto para transformar nuestro sistema en uno más adecuado al progreso. Pero no basta esperarlo, cada uno de nosotros, tiene la obligación cívica, moral, así como la conveniencia de presionar para lograr el cambio.

Conforme nos acerquemos a un sistema en el cual se respeten: 1) el derecho a la vida, 2) el derecho a la libertad y 3) el derecho a la propiedad de todo individuo —como nunca lo hemos tenido en este

país—, irá creándose el medio adecuado para que los más productivos, eficientes y ambiciosos, salgan adelante. Entonces podremos decir que estamos en el camino del progreso.

Un medio adecuado permite que los más aptos se conviertan en la locomotora que genera prosperidad, empiezan por ser ellos los ganadores, pero no tardan mucho en convertirse en ejemplos a imitar para otros cercanos. Generan empleos y opciones para los menos favorecidos y después de un tiempo, hasta el último furgón del ferrocarril es jalado hacia adelante.

Y no lo digo yo, lo dicen más de dos mil años de experiencia humana.

CAPITULO III

LA EMPRESA DE EXITO

"Los empresarios de éxito jamás hablan de minimizar riesgos, sino de maximizar oportunidades".

Peter Drucker.

El éxito y el progreso de un país es, a final de cuentas, la suma de los éxitos de cientos de miles y aún millones de empresas.

Cada empresa es una realidad distinta entre cientos de miles, pretender que un libro, cualquiera que sea, va a tener todas las respuestas a todas y cada una de las unidades de producción sería un ingenuo pecado de prepotencia. En realidad la asesoría adecuada a cada negocio es semejante a hacer un traje a la medida del cliente.

No pretendemos dar respuesta a todas las dudas e inquietudes de una empresa, sino mencionar aspectos fundamentales que resultan válidos para todas o por lo menos a un gran número de instituciones. Aquí analizamos algunos pun-

tos de vista y que sea el lector quien con base en la experiencia propia, ajuste lo que de útil tengan las recetas a su realidad en la búsqueda del progreso.

En la empresa todos los factores de la producción son importantes: el capital, el trabajo, la organización que realiza el empresario y las materias primas que nos da la naturaleza, pero debemos tener presente todo el tiempo al personaje principal, alrededor del cual gira todo: el consumidor.

Dependemos todo el tiempo de nuestros consumidores y por ello cuando se establece un negocio, cualquiera que sea y produzca lo que produzca, la pregunta más importante, en torno a la cual gira todo lo que después vendrá es: ¿nos comprarán lo que producimos? O sea ¿el consumidor tiene interés en nuestro producto? Si la respuesta es negativa todo lo demás; los bajos costos, la calidad, la productividad, la mercadotecnia... salen sobrando. Si no hay clientes, no hay negocio.

En una economía de libre mercado, donde existe competencia, el empresario de éxito en contra de lo que muchos erróneamente creen, no es ni puede ser un individuo totalmente egoísta, que sólo piensa en función de sus intereses muy particulares; al contrario, él tiene que vivir no sólo pensando en lo que desean sus clientes sino

incluso en lo que podrían desear y aún no lo saben.

Millones de personas ignoraban que iban a necesitar y demandar millones de automóviles hasta que Ford los fabricó; todo el mundo desconocía el enorme interés que podía existir por un ratón de caricatura hasta que Walt Disney lo creó, y muy probablemente usted tampoco sabía que deseaba la camisa o la blusa que trae puesta hasta que alguien la creó y otro empresario la puso a su alcance.

Las empresas progresan y los empresarios con ellas, cuando viven pensando en el consumidor, en lo que puede necesitar o desear, en poner el producto a su alcance e incluso en ofrecerlo a un precio económico. Henry Ford, John D. Rockefeller, Andrew Carnegie y otros muchos grandes hombres de negocios, lograron crear imperios cuando redujeron los precios de sus productos y los pusieron al mejor posible, aquel accesible a un mayor número de consumidores.

Quienes se encierran a pensar sólo en sus problemas, necesidades, y penas como empresarios y hombres de negocios, con ese enanismo de consideraciones están sentenciados a quedarse enanos. Debemos pensar que si esperamos mucho de los demás lo primero es darles mucho a los demás, si no damos algo valioso al consumidor no recibiremos nada de él.

Los empresarios siempre deben tener en cuenta que: una economía de mercado, es el sistema económico más democrático que existe. Ellos ofrecen sus bienes y servicios, en tanto que cada billete y cada moneda en manos de los consumidores constituye un voto potencial a favor o en contra.

Y porque dependemos del voto de los consumidores es a ellos a quienes debemos agradar ofreciendo productos diferentes, más económicos o con una distribución más adecuada... si ésto no se hace, ya habrán otros que lo hagan en busca de la ganancia.

Ahora bien, ¿qué necesitamos hacer para servir bien al consumidor cubriendo sus expectativas, necesidades, o deseos incluso aquellos que ignora tener? Necesitamos:

Humildad

Se le adjudica a Henry Ford, el genio de la industria automotriz, el haber dicho en alguna ocasión: “tengo veinticinco años en esta industria y ya la empiezo a conocer”. Si un personaje que transformó gran parte de la economía estadounidense y mundial, señaló con humildad, “que empezaba” a conocer el campo en el que se desarrollaba ¿qué podemos decir nosotros?

Poco después de que los japoneses perdieron la Segunda Guerra Mundial, se dedicaron con to-

da humildad a aprender. Recorrieron el mundo con sus cámaras fotográficas con verdadera sed de saber cómo estadounidenses, alemanes, ingleses, elaboraban, distribuían y comercializaban sus productos.

El empresario que cree saberlo y manejarlo todo con eficiencia, comete un grave y costoso pecado de prepotencia el cual muy probablemente le costará el lugar que ocupa en el mercado. Quizá hasta la existencia misma del negocio. Y, si esto es válido para todo tiempo, en la época actual de cambios extraordinarios y rápidos, con mucha mayor razón.

No es posible “dormirse en los laureles” y pretender que nada va a ocurrir, sea cual sea el tamaño del negocio del cual hablamos, si está sometido a la competencia del mercado deberá entender la eterna necesidad de estar listo para el cambio; de vivir aprendiendo de lo que los demás —para bien o para mal— hacen, de sus propios errores con toda humildad y entender que, la economía, como ente vivo cambia cada año, cada mes y cada día por lo que con humildad debemos adaptarnos.

Observemos la experiencia de las economías y empresas de países orientales hasta hace muy poco tiempo pobres, casi miserables, quienes nos dieron una muy importante muestra de humildad al convertirse en apéndices de lo que Occidente hacía, para después hacerlo más económi-

co, más práctico, más eficiente y superar a sus maestros. Ese es el camino de las empresas de éxito: *vivir aprendiendo con humildad*. Quien no aprende de los demás y de sí mismo se estanca y la empresa que se estanca, pronto será superada por otras.

Humildad para entender que el proceso de aprendizaje nunca termina: somos siempre discípulos del mercado. Humildad para entender que venimos a servir y no a que nos sirvan.

A servir en el profundo sentido de la palabra, porque o servimos o *no servimos* como empresa para los consumidores, para la gente que trabaja con nosotros, o para nosotros mismos.

Y es que al final de cuentas los grandes valores morales de la sociedad tienen que ver hasta con lo meramente económico y cuando Jesús el Cristo hizo énfasis en el hecho de que venimos a este mundo a servir a los demás, sus palabras son válidas para los individuos... y también para las empresas.

Los clubes rotarios han usado esa frase que reza: "el que no vive para servir no sirve para vivir". Hagámosla nuestra, como personas que formamos parte de una empresa y como tales estamos para servir a los demás y especialmente al consumidor. Con ello obtendremos los ingresos que nos permitirán que otros hagan lo mismo con su trabajo y sus productos.

Si esperamos recibir antes tenemos que dar.

Siempre mejor

Y, si aprendemos con humildad de lo que otros países y otras empresas han hecho, una de las primeras lecciones la constituye la voluntad real y honesta de hacer las cosas cada día mejor.

Hay quienes hablan de "excelencia en la producción", de "error cero" y otras definiciones semejantes —las cuales suelen oírse un tanto pretenciosas—, llamémosle como queramos, a final de cuentas lo importante es tener la voluntad y realizar un esfuerzo verdadero, para hacer las cosas siempre mejor.

Para ello es necesario fijarnos metas lógicas, congruentes, alcanzables, que exijan un esfuerzo real y establecer los controles y parámetros, para observar de la manera más objetiva posible si las metas propuestas realmente se están alcanzando.

No podemos ni debemos ser demasiado condescendientes con nosotros mismos. Ya tenemos demasiadas décadas, siglos, de tolerar el "ahí se va", el error propio y el ajeno. Debemos ser mucho más exigentes y esperar de la empresa niveles que quizá ahora resulten para muchos demasiado pretenciosos, tal vez hasta imposibles; debemos irle cerrando puertas al error.

Nunca sabremos hasta dónde puede llegar la empresa si no nos soltamos de las amarras de los

prejuicios, del conformismo y nos atrevemos a esperar mucho más de ella. Y tenemos que hacerlo porque allá en otros países, eso es lo que desde hace veinte o treinta años están haciendo las empresas con las cuales debemos competir.

Hacer las cosas mejor, dentro de nuestras posibilidades actuales, será lo que nos permitirá hacerlo mañana en niveles cada vez más altos.

Observemos lo que ocurrió en Japón hace cuarenta años o en Corea del Sur y Hong Kong hace veinte, muchas de las empresas de esos dos países y la colonia inglesa, hambrientas de capital y tecnología, se dedicaron a producir "chácharas". Bienes de muy mala calidad pero a bajo precio y fue con base en esto último, como pudieron competir. Pero si se hubieran conformado a sólo competir con precios muy bajos, no habrían alcanzado los niveles de desarrollo que ahora ocupan y estarían compitiendo con otros países pobres. Lo que hicieron fue darle una enorme importancia a la calidad y mejorarla año con año, mes con mes.

Mucho tenemos que aprender de esta experiencia, ya que ante la apertura comercial que se está dando en nuestro país hay empresas que pueden competir en calidad con las más desarrolladas del mundo —en el mercado automotriz, de autopartes, de computadoras—, pero éstas son las menos, un grupo muy reducido en

cuanto a número, en el cual ciertamente ya le dan una importancia muy especial a la calidad pero otras muchas, las más, habrán de competir con precios bajos y a la vez iniciar su carrera hacia la mejora en la calidad. No cada año, ni cada mes, sino cada semana y aún cada día. ¿Por qué? Porque las empresas de las naciones que así lo hicieron en el pasado nos llevan una ventaja muy importante y los tiempos exigen, hoy más que antes, velocidad en el cambio.

Y sobre todo: hay que entender que una mejor calidad en la producción significa si una empresa es más o menos competitiva y eficiente porque la calidad engloba todas las partes del proceso, de principio a fin incluyendo el precio. Si mantenemos las mismas características de un producto y logramos bajar el costo, tendremos mejor calidad a menor precio.

Un país próspero es resultado de la suma de sus empresas eficientes. Sólo podremos tener negocios de mejor calidad cuando quienes los integren, hagan un esfuerzo por mejorarse ellos mismos.

Producir artículos de mejor calidad no es resultado solamente de que cada quien haga mejor aquella función que le corresponde, también es muy importante el que sepamos trabajar como equipo.

Una empresa es, al fin y al cabo, un solo

equipo; como un equipo de futbol o de beisbol son, a final de cuentas una empresa y, como tal ganan todos o pierden todos los que lo integran. Por ello es muy importante que quienes lo forman estén verdaderamente interesados e involucrados en ganar. Aunque en ciertas ocasiones sea necesario el sacrificio personal para lograrlo.

Muy difícilmente quien forma parte de un equipo perdedor, por bueno que sea, terminará siendo líder en su ramo; resulta claro que el funcionamiento de todos y cada uno afecta de manera directa ya sea positiva o negativa a la empresa. Es por ello que el conjunto completo, como equipo, deberá funcionar lo mejor posible.

El mexicano, en general, nunca ha sabido jugar en equipo, un egoísmo torpe y mal orientado lo lleva a pensar que lo verdaderamente importante es la ventaja personal obtenida sin importar que los demás se hundan; o mejor aún: ¡qué los demás se hundan!

“Yo hago como que te pago, y tú haces como que trabajas”. Dice el refrán popular, patentizando con ello la lamentable y destructiva filosofía que ha empujado a muchos a desarrollar una actitud francamente contraria al sentido del grupo. El empresario “hace como que paga” o sea da lo menos posible, el obrero “hace como que trabaja” o sea produce lo menos posible. Y, no es raro que tanto unos como

otros se vean como enemigos y terminen siendo verdaderos enemigos... de la empresa.

He aquí los estragos de la herencia que desde la época colonial (incluso anterior) venimos arrastrando, cuando el señor encomendero hacía esfuerzos por remunerar con lo menos posible a sus peones y empleados los cuales vivían bajo un sistema semifeudal y en ocasiones casi esclavista. Por su parte, el peón, sabiendo que iba a obtener la misma paga tanto si producía mucho como si producía poco, procuraba “administrar lo mejor posible sus esfuerzos” y cuando quería desquitarse de su patrón, al no poder hacerlo franca y abiertamente, lo hacía “por debajo del agua”, a través de actividades de sabotaje.

Los tiempos cambian, el mundo avanza veloz hacia una economía de libre mercado y México —con sus tropezones y titubeos—, se dirige en el mismo sentido. Por ello, es necesario romper con aquellos esquemas comprensibles en sociedades semifeudales y entender cuán necesario es, más que antes, aprender a jugar en equipo y entender que todos los miembros lograrán el éxito en la medida del triunfo obtenido como tal equipo.

Y tanto el equipo como los que lo conforman, podrán salir adelante y cumplir con su función si aprenden que el secreto no está en pedir, sino en dar.

Los sindicatos aprendieron, desde hace

muchos años, a pedir, a demandar, aumentos salariales, prestaciones, días de descanso... aún lo más absurdo, los patronos piden, exigen. Los "maestros" salen a la calle a luchar por sus "derechos", exigen... todo mundo pide, todos luchan por lo que bien o mal consideran que merecen recibir, lo cual son sus derechos, a nadie se le ha ocurrido manifestarse a favor de sus obligaciones; ofrecer a los demás más trabajo, mejor calidad.

Y uno de los aspectos fundamentales que nos enseña el sistema de mercado es que en él, nadie debe esperar un bien o servicio de los demás si antes no les ha ofrecido algo propio: el dueño de un restaurante desea el dinero del cliente, pero para obtenerlo primero debe ofrecerle un buen servicio; el plomero, el carnicero, el maestro... todos ellos tienen que dar para poder recibir. A diferencia de lo que muchas veces sucede en el mundo del sistema de mando y la burocracia, donde muchos reciben a cambio de prácticamente nada.

Lamentablemente en nuestro país y en nuestras empresas, en particular, la gente destina mucho más de su tiempo, energía e ideas en buscar maneras de recibir que en dar y, cuando en una sociedad se está mucho más preocupado en obtener que en producir, no se está yendo por el camino adecuado. En el fondo es esa mentalidad la que fomenta el parasitismo: ese ejército de limosne-

ros y semilimosneros que alcanza más de medio millón en el país, el robo de muchas distintas maneras, desde el común y callejero hasta el disfrazado tras una "charola".

En nuestras empresas, es necesario hacer ver a todos quienes las conforman, que el requisito número uno para poder recibir es dar y quien más da, quien más genera para la riqueza, más recibe. Los sindicatos deben cambiar su orientación —por el bien de sus propios agremiados—, buscando mecanismos que les permitan ser más productivos para, a partir de ello, recibir más.

El dejar de dar; de producir —bajo una bandera cualquiera, y esté justificado o no—, perjudica a la empresa y a la sociedad. Es necesario caminar hacia soluciones a los problemas entre empresarios y obreros sin que se sacrifique la producción, tal como lo hacen en Japón donde, como es sabido, resultan comunes las huelgas en las cuales se continúa trabajando e incluso se produce más de lo normal.

Imaginación

En ninguna época pasada, el factor imaginación ha sido tan importante en el desarrollo exitoso de la empresa como hoy. Y, apenas iniciamos una tendencia que tendrá un crecimiento constante en los años por venir.

Ante un mundo de competencia creciente,

aquellas empresas —sobre todo medianas y pequeñas—, que pretendan enfrentar a los grandes consorcios produciendo o comercializando bienes y servicios muy semejantes, en la gran mayoría de los casos estarán sentenciándose al fracaso. Están pretendiendo derribar la pared a golpes de cabeza.

La posibilidad real de buen éxito para las empresas, hoy día consiste en buscar los huecos, los vacíos que otras han dejado, encontrar caminos, métodos y productos nuevos, distintos; que satisfagan al consumidor. Para ello se requiere de un verdadero esfuerzo de imaginación.

Gran parte del buen éxito alcanzado por las empresas japonesas ha radicado en su capacidad para ofrecer productos nuevos y distintos que cubren huecos en el mercado, los cuales otros no supieron ver. Así, por ejemplo: cuando los Estados Unidos dominaban la industria de las motocicletas con sus grandes y potentes máquinas, los nipones se percataron de que no todo mundo quería aquellos aparatos impresionantes ni tenía con qué pagarlos. Había muchas personas que necesitaban vehículos económicos y prácticos, que los llevaran a su destino. Empezaron a producir motocicletas pequeñas, y terminaron por dominar el mercado.

Y no necesitamos ir tan lejos, aquí mismo en México en alguna ocasión, el secretario de co-

mercio Serra Puche admitió desconocer que nuestro país era el primer exportador de refrigeradores a los Estados Unidos, cuando le invitaron a una exposición de estos aparatos, se asombró al descubrir que se trataba de refrigeradores pequeños y fue entonces cuando le explicaron que si hubiéramos pretendido competir con los vecinos del norte ofreciéndoles grandes aparatos domésticos o industriales, casi seguramente hubiéramos fracasado, porque ellos son más eficientes en ese renglón. En cambio habían descuidado la producción de pequeños refrigeradores para oficinas, hoteles, etcétera. Se había tenido la habilidad de detectar y aprovechar un valioso hueco del mercado y, a final de cuentas, los dólares que ingresan por estos aparatos son tan buenos como cualquiera.

Observemos que no se trata de inventar el hilo negro: ni los japoneses inventaron las motocicletas, ni los mexicanos los refrigeradores, pero en ambos casos hubo un despliegue imaginativo para adaptarlos, modificarlos, hacerlos distintos. Ese es el tipo de esfuerzo creativo que necesitamos.

Lamentablemente el empresario mexicano tiene tres desventajas serias: 1) A través de décadas y siglos, como resultado del sistema económico protegido que teníamos, se dedicó principalmente a actividades tradicionales que requerían poca imaginación; después de todo había poca compe-

tencia y esos negocios dejaban muchas veces pingües ganancias. 2) Su ingenio y capacidad creativa han estado mucho más orientados a librar los "topes" que le ponen: dar mordidas, evitar controles, evadir impuestos, lograr ganancias y privilegios... que a producir. 3) Se ha manejado un sistema francamente piramidal, en el cual las decisiones, innovaciones y demás emanan casi exclusivamente del empresario, y en estas épocas la pura capacidad imaginativa del líder no es suficiente.

Necesitamos involucrar el mayor número posible de personas para que éstas aporten ideas, aporten su imaginación. Tal como lo hacen en Japón, donde más de diez millones de obreros y empleados participan en círculos de calidad: o sea, pequeños grupos de trabajadores que se reúnen voluntariamente para resolver problemas de calidad.

Pero ¿pueden funcionar los círculos de calidad cuando los empresarios siguen tomando decisiones de manera unilateral y tienen el temor de que si dejan participar a sus empleados perderán el poder, el control o su categoría de jefes? Obviamente no.

¿Pueden funcionar con empresarios que creen que sus empleados son demasiado ignorantes, brutos o "nacos" como para tener ideas interesantes y creativas? Por supuesto que no.

¿Pueden funcionar si los empresarios tienen el temor de que al involucrarse más sus empleados en las entrañas del negocio incrementen sus exigencias, de alguna manera les den "golpe de estado" o practiquen alguna forma de espionaje industrial? Claro que no.

Por ello es necesario que los hombres de empresa replanteen su liderazgo, sus sistemas y, bajo una concepción más actual y productiva, no sólo permitan sino que auspicien y fomenten la participación de sus empleados en las innovaciones de sus productos. A sabiendas de que eso significa, de alguna manera, hacerlos copartícipes, socios del negocio; como debe ser y como ocurre en forma indirecta en las empresas de gran éxito.

¿Alguna vez se ha detenido a pensar cuántos miles, cientos de miles de trabajadores se han percatado de alguna forma de desperdicio, subaprovechamiento o despilfarro en la empresa?, ¿o tienen alguna idea que economizará muchos millones de pesos al negocio? Y, sin embargo, se callan, guardan ese conocimiento y más aún, si pueden cuando pasan junto a la máquina le dan un puntapié para desahogar el odio que le tienen al empresario o al trabajo.

Estoy convencido de que el mexicano es muy ingenioso, más que los japoneses, pero mientras nosotros orientamos esa cualidad a encontrar la

mejor manera de trabajar menos, de hacer más puentes vacacionales, de inventar pretextos, de dar mordidas... Ellos utilizan su menor ingenio en la fabricación de robots, computadoras, etcétera, y por alguna "extraña" razón les ha ido mejor que a nosotros.

Anteriormente hablábamos de la necesidad de trabajar en equipo, pues bien: también tenemos la necesidad de imaginar en equipo para resolver problemas, para crecer y para crear entre todos, en beneficio de todos.

Miguel Angel Cornejo, en su interesante libro: *Excelencia directiva para lograr la productividad* nos da un ejemplo de las enormes aportaciones que la imaginación de grupos o círculos de calidad, pueden arrojar:

"Una de las empresas más sorprendentes en el Japón es la *Mc Donald's* de la ciudad de Tokio, la cual fue fundada en los años setenta como un experimento interesante para los norteamericanos, en un país, que por sus gustos gastronómicos no aseguraba grandes éxitos; para los años ochenta ya ocupaba el tercer lugar mundial en el consumo de hamburguesas y su productividad rebasaba toda expectativa. ¿Cuál era la razón? Habían logrado 21,500 mejoras sobre la hamburguesa americana".

Resulta obvio que diez cabezas concentradas en resolver un mismo problema, intercambiando opiniones y puntos de vista, pueden obtener mejores resultados que cuando una sola persona pretende hacerlo. Pero para que diez cabezas quieran reunirse necesitan estímulos: libertad y confianza para hacerlo. Y para que en miles de negocios mexicanos, se den estos círculos es necesario cambiar la actitud de los empresarios y también la de sus empleados. Y éste va a ser uno de los retos más importantes que enfrentarán las empresas.

Y recordemos que vivimos en un mundo en el cual lo permanente es el cambio, y en una época en que éstos se dan con mayor velocidad que en cualquier otra, por lo cual los logros son pasajeros. La competencia siempre estará atenta a imitar —y mejorar— lo que hemos hecho, por tanto la imaginación no debe descansar, aquello con lo que —como dicen los jóvenes: "hoy la hicimos"—, mañana muy probablemente ya no funcione y tengamos que empezar de nuevo, por lo cual debemos vivir siempre dispuestos y aptos para el cambio. Los dinosaurios se extinguieron por su incapacidad para adaptarse a un medio que había cambiado bruscamente; a las empresas les puede pasar lo mismo.

CAPITULO IV

NUESTRO CAMINO HACIA EL PROGRESO

El camino hacia el progreso en México y en América Latina es un camino largo y complejo. En la historia de México, se han dado muchos pasos, pero aún queda mucho por hacer. El primer paso es el desarrollo económico. Sin un crecimiento económico sostenido, no es posible mejorar el nivel de vida de la población. El segundo paso es el desarrollo social. Esto implica mejorar la educación, la salud y el acceso a servicios básicos. El tercer paso es el fortalecimiento institucional. Sin instituciones sólidas y transparentes, no es posible garantizar el progreso a largo plazo. El cuarto paso es el desarrollo humano. Esto implica mejorar la calidad de vida de la población, no solo en términos económicos, sino también en términos culturales y espirituales. El camino hacia el progreso es un camino de constante aprendizaje y adaptación a los cambios del mundo. Solo así podremos alcanzar el progreso que todos deseamos.

"Es el hombre el que puede hacer grande el camino, no el camino el que puede hacer grande al hombre".

Confucio.

Estamos iniciando, en México y en el mundo, la época de mayor competencia en la historia de la Humanidad. Esto significa que nuestras empresas —que hasta hace algunos años se desarrollaban en un mercado cerrado y protegido—, tendrán que enfrentarse a las de otros países, ya sea más allá de nuestras fronteras o aquí mismo. El gobierno también tendrá que competir dentro del país con un creciente multipartidismo político y afuera con los otros países, pues aquel que ofrezca mayor confianza, mejor infraestructura, más bajos impuestos... atraerá más inversiones y con ello recabará más recursos. Los sindicatos, las universidades, las igle-

sias... y en última instancia: el hombre, tendrán que competir con mayor fuerza que en cualquier otra época.

Y es que cuando hablamos de eficiencia, competitividad y demás, generalmente pensamos en las empresas, en algunas ocasiones en los gobiernos; pero muy rara vez en el hombre, quien a final de cuentas, forma las empresas, los gobiernos y los países. Sin seres humanos eficientes, capaces y ambiciosos, no podemos tener sistemas, gobiernos o empresas eficientes.

Por eso, cuando hablamos sobre cómo progresan los países y las empresas de manera inevitable tenemos que hablar acerca de cómo progresan las personas, los individuos, ya que la suma del mejoramiento del nivel de vida de millones de seres humanos da como resultado final el progreso de un pueblo. No es posible pensar en una nación próspera en la cual quienes la forman viven en peores condiciones que antes.

En este libro hemos ido de lo general a lo particular, de lo macroeconómico a lo microeconómico, del sistema de política económica a la empresa y de la empresa a la persona, pero ¿cuál determina a cuál? ¿Un sistema ineficiente y absurdo genera ciudadanos poco productivos, corruptos, mientras que un sistema eficiente fomenta la productividad, el trabajo, la honradez? O bien, ¿son hombres deshonestos, corruptos o incapaces los

que crean un sistema inadecuado a la vez que los virtuosos e inteligentes crean el adecuado?, dicho en pocas palabras ¿es el sistema quien hace al hombre o el hombre quien hace al sistema?

Aunque la respuesta no es fácil, creo sinceramente que hay parte y parte. Ciertamente un mal sistema se dedica a poner obstáculos al que produce, al que invierte, mientras que facilita el ascenso de los corruptos, los vivales que pueden adaptarse mejor a las reglas del juego y, conforme esta gente y sus intereses alcancen el poder harán lo posible para perpetuarse en él e impedir el ascenso de quienes no piensan como ellos, de esta manera se retroalimenta constantemente cayendo en un círculo vicioso.

En cambio un sistema adecuado que permita y fomente la eficiencia económica, la libre competencia, la seguridad en la propiedad y demás, auspiciará el triunfo de los mejores y éstos ayudarán a generar un círculo virtuoso.

Empero, no hay sistemas cien por ciento malos, ni los hay cien por ciento buenos. Uno que fuera totalmente ineficiente, incapaz y corrupto no podría existir, ya que ni siquiera generaría riqueza para los que lo usufructuaran y por ende nadie tendría interés en él. Sería absurdo y moriría antes de nacer. Y el ideal, el perfecto, tampoco se ha dado porque el hombre aún es in-

capaz de crear lo perfecto y ninguno ha estado exento de errores humanos.

Pero ciertamente los hay mucho más eficientes que otros, los hay mucho más productivos. En México hemos tenido sistemas económicos plagados de errores, corrupción, absurdos y por ello no hemos logrado el progreso que debíamos de haber alcanzado, aunque tampoco debemos negar que sí han permitido un crecimiento y un progreso económico mejor que el de otros pueblos.

Más, lo en verdad importante es: que si bien es cierto que un sistema genera actitudes, hábitos, "mañas" o virtudes en una sociedad, también lo es que el hombre, el ser humano que suda y se acongoja (como dijera Unamuno), tiene la capacidad para cambiarlo y pasar de un círculo vicioso a uno virtuoso.

Las reglas del juego pueden ser absurdas y fomentar la ineficiencia; cuando esto sucede, tarde o temprano se cae en una crisis y ésta genera el terreno propicio para que el hombre rectifique y cambie las reglas o bien para que en definitiva se hunda.

El sistema determina en gran medida la actitud del hombre, pero éste es el único que puede cambiarlo, aunque para que esto suceda hay que empezar cambiando al hombre. El germen del subdesarrollo está dentro de nosotros mismos, en

nuestra mente, es ahí donde debemos cambiarlo, el cambio viene de adentro hacia afuera.

Necesitamos transformar nuestras ideas, nuestra mentalidad hacia el progreso para con ello, poder cambiar al sistema por uno más eficiente y así retroalimentarnos en un círculo virtuoso.

Pero para poder cambiar y vencer los fantasmas del subdesarrollo primero necesitamos conocerlos. ¿Qué impide al mexicano común progresar? Aunque resulta casi imposible hablar sobre todas sus ataduras, mencionaremos algunas de las más importantes de manera muy general, a sabiendas de que en todos los casos hay honrosas excepciones.

Sabido es que la mujer mexicana y particularmente la madre, tiene muchas y valiosas cualidades, de hecho resulta impresionante el número de mujeres, que solas han sacado adelante a tres, cuatro, cinco o más hijos; resulta con mucho, más común que una madre lo logre a que lo haga un padre. Mas entre sus numerosas cualidades sobresalen dos graves defectos formativos: el miedo y la excesiva complacencia.

Quizá porque millones de mujeres en nuestro país son madres solteras o esposas abandonadas—este fenómeno es tan antiguo como nuestro México— y por ello la mujer, temerosa de ser también abandonada por el hijo se vuelve

sobreprotectora y vive advirtiéndole, previniéndole sobre todo tipo de peligros: “no te subas ahí porque te caes”, “no toques eso porque te quemas”, “no te muevas”, “no, no, no”.

Entendemos que una de las tareas de la madre consiste en evitar que el pequeño se rompa la cabeza, pero cuando exagera esos temores termina por impregnarle al hijo un miedo que se extiende por toda su vida. Debemos evitar que se lastime, pero en muchos casos es preferible que el pequeño aprenda por sí mismo, a coartarle su iniciativa llenándolo de miedos.

En cuanto a la complacencia, resulta claro que en la mayoría de los casos la madre mexicana le exige a su hijo mucho menos de lo que éste podría rendir, producir, dar. Le acepta un seis en la vida —apenas lo suficiente— o hasta un cuatro, con tal de no perderlo, cuando podría exigirle un nueve o hasta un diez.

¿¡Cuántos jóvenes y aún adultos son alcohólicos, drogadictos, holgazanes, delincuentes... protegidos y apapachados por sus madres!? “¡Pobrecito!” El es bueno sólo que las malas amistades, el alcohol, la nuera, las malditas drogas...” Todo tiene la culpa menos él, por eso asalta, por eso no trabaja, por eso mata a dos viejitas. “Pero él es bueno, además ¿qué quiere que haga, si soy su madre?”

Hace tiempo tenía un buen alumno en la uni-

versidad. No era muy inteligente pero sí sumamente cumplido y trabajador, un día que lo felicitaba por ello, me dijo: “es que mi mamá es alemana y no me perdona un nueve, siempre debo sacar una calificación más alta”. Para muchas madres mexicanas es más importante evitarles la fatiga a sus muchachitos.

Resultado, cuando el hijo crece lo hace con miedos y una excesiva autocomplacencia, nos consentimos en exceso, nos perdonamos demasiadas cosas que no perdonamos a los demás.

Estoy convencido de que los dos peores enemigos del progreso del hombre son la flojera y el miedo. La mayor parte de las cosas que no hacemos se deben a alguna de las dos o a las dos causas señaladas. Y por desgracia la educación materna en nuestro país suele fomentar ambos defectos.

Tanto el temor como la flojera frustran el espíritu emprendedor. No es posible crear una sociedad de empresarios con esas características. Y por ello no nos debe extrañar que durante décadas y siglos la mayoría de las madres desearan para sus hijos un empleo seguro —de preferencia en el gobierno— con un ingreso estable, antes que enviarlos a la aventura de emprender trabajos por cuenta propia y arriesgando.

La madre no sólo amamanta al pequeño con su leche, sino también con sus valores y

sus temores, por ello, el papel de la mujer y en particular de la madre en el progreso económico es de importancia fundamental. Y, por ello, también debe tomar una nueva y más valiente actitud, si quiere educar hijos para un mundo mucho más competitivo y esforzado.

Por otro lado, los tiempos actuales se caracterizan por un abandono creciente de la responsabilidad educativa de los padres; cada día resulta más común oír acerca de "las madres de medio tiempo", aquellas que dedican la mitad del día a un trabajo y por ende confían a sus hijos a la nana electrónica, o sea, la televisión, el *Nintendo*, etcétera. Así como el padre de un cuarto de tiempo, el cual sale de casa antes de que los niños despierten y regresa cuando ya se han dormido, con el consiguiente grave abandono de su función educadora.

Es necesario jerarquizar valores, el trabajo es muy importante, pero a la larga son mucho más importantes nuestros seres queridos. Es necesario producir ahora, pero es vital también dejar en nuestros hijos valores que les permitirán ser más productivos y preservar lo hecho. Para esto puede y debe haber tiempo, porque el progreso no es enajenación en el trabajo, ni siquiera ganar más, sino vivir mejor, y aunque no podamos medir el valor de la familia y la formación de los hijos en pesos y centavos, resulta claro que

son parte fundamental en el arte de vivir mejor y de progresar.

Aún con la importancia que tiene la educación escolar, los valores impartidos en el hogar suelen dejar una huella mucho más profunda y muchos de ellos no se adquieren en ningún otro lado.

Recuerdo a un próspero empresario libanés quien en alguna ocasión me dijo: "mira Edgard, yo creo que mi éxito lo debo a que mi padre me enseñó tres lecciones fundamentales: cómo ganar un peso; cómo ahorrar un peso y cómo gastar un peso, así, en ese orden".

Como padres debemos estar conscientes que mucho de lo que digamos o hagamos, aún sin darnos cuenta, va a dejar huella en nuestros hijos, tanto como aquello que no hagamos y no digamos, para bien o para mal.

Y por ello es de fundamental importancia dar a los hijos un buen ejemplo antes que un buen carro, darles la oportunidad de que se ganen un peso con su esfuerzo y creatividad antes que regalarles mil, enseñarles a ser exitosos antes que a ser sumisos, mostrarles el culto al trabajo antes que cómo disfrutar de las vacaciones.

LA ESCUELA

Nuestro sistema educativo es lo único que funciona peor que los Ferrocarriles Nacionales y el

daño ocasionado a la sociedad es mil veces mayor que el producido por la empresa paraestatal.

Pues resulta que nuestro sistema educativo, a pesar de su importancia para el destino de México, ha caído en tres gravísimos errores: 1) el monopolio educativo, 2) lo han convertido en instrumento político y 3) el financiamiento mismo del sistema.

México ha sido históricamente, un país de monopolios, en lo económico, sindical, político, religioso... y en general éstos nos han hecho mucho daño, pues han significado: mala calidad en los bienes y servicios que ofrecen, altos costos, corrupción e ineficiencia, pero de todos, el más dañino ha sido el educativo, al pretender aplicar los mismos programas, los mismos libros de texto, las mismas directrices. Mucho, más dañino y absurdo que si se quisiera obligar a todos a usar zapatos del número veintidós. Veamos:

Cada región, cada pueblo y cada niño son una realidad diferente y por lo tanto, si pretendemos una educación adecuada, ésta deberá ser diferente: como un traje a la medida. Lo cual no se puede lograr a través de ese monopolio estandarizante.

Y aunque es imposible crear una escuela distinta para cada niño, lo que sí podemos hacer es multiplicar las opciones, a modo de que los padres de familia puedan escoger entre docenas

o cientos de colegios diferentes, entre docenas o cientos de libros de texto, etcétera. Esto implicaría además de la diversidad, una sana competencia.

De tal manera que si mi hijo tiene facultades para las matemáticas o para las artes, pueda escoger aquella escuela en la que además de recibir la educación primaria normal tenga una mayor inclinación hacia estas materias. Además, la Secretaría de Educación Pública podría, a través de cupones, becar a los niños de escasos recursos de tal manera que pudieran estudiar en las escuelas que mejor les parezcan y no obligadamente en la pública que por razones de ubicación geográfica les corresponde, lo que generaría una sana competencia entre las instituciones de enseñanza para atraer alumnos.

En cuanto a los libros de texto obligatorios y gratuitos resulta claro que ese "monopolio de la verdad", la oficial, nos ha hecho un gran daño porque nadie tiene ni puede tener la exclusividad sobre la verdad, pero al pretender imponerla sobre millones de pequeños lo que se hace es marcarlos con la visión oficial y coartarlos, tanto a ellos como a los maestros, la sed de búsqueda de otras "verdades" y eso mutila a los seres humanos y su ansia de investigación.

Los libros oficiales no son gratuitos —ya que la sociedad paga mucho por ellos, no bajan los

ángeles para elaborarlos— y no deben ser obligatorios por lo mucho que deja a desear su calidad, porque han sido y pueden ser medios de control ideológico, porque limitan la libertad del educando y del padre de familia. En todo caso que la Secretaría de Educación Pública señale los temas a desarrollar para cada año escolar y que deje a los padres de familia y escuelas escoger aquellos textos que mejor les parezcan, lo que generaría una verdadera y benéfica competencia de textos, y a la larga imperarían no los que pone el gobierno, sino los mejor hechos.

Al convertir a las instituciones de enseñanza y al magisterio en instrumentos políticos se ha distorsionado y corrompido su función educativa pues cada día es mayor el número de profesores que llegan a las escuelas e incluso a las universidades, no por amor a la docencia, sino para usarla como un trampolín político el cual les permita entrar a la “polaka” y alcanzar el día de mañana un “hueso”, dentro o fuera del sector educativo. Esto coloca las metas políticas por encima de las educativas y al “dedazo” como el gran decididor de cargos directivos, muy por encima de los méritos académicos.

Un sistema que es mucho más de instrucción —y mal dada— que de educación, en el que hay errores de fondo por doquier y que se basa en dos grandes pilares: la memoria y la conducta. Si

Pepito memoriza todo lo que le dijo el maestro tiene diez en aplicación y si obedece todo lo que le ordenan tiene diez en conducta, resultado final: Pepito es el alumno perfecto. Pero ¿perfecto para qué? Será el adecuado para crear una generación de burócratas, mientras lo que necesitamos son empresarios, artistas, críticos, seres creativos e imaginativos. El sistema no sólo impide el desarrollo de estas características sino que ahora además, las mata.

Cuando un alumno se atreve a pensar de manera diferente al libro de texto y al profesor, se convierte en un elemento incómodo, molesto y quizá subversivo al cual hay que obligar a moldearse como los demás o sacarlo de ahí. El joven, en nuestro sistema, debe aprender a memorizar, escribir y obedecer, sin atreverse a pensar de otra forma. Vamos, en ocasiones debe aprender a *no* pensar.

Nuestro actual sistema reprime y mata las cualidades propias de quien quiere progresar: la creatividad, la iniciativa, la capacidad de emprender. Por ello en alguna conferencia que di a un numeroso grupo de empresarios al tratar este tema les dije: aquellos que iniciaron una empresa de éxito de la nada y sin haber ido a la escuela, merecen un aplauso porque eso implica un gran mérito, pero quien fue a la universidad, y sacó adelante un negocio de la nada merece dos

aplausos porque lo logró a pesar de nuestro sistema educativo.

Y si usted tiene dudas respecto a la mala calidad de la educación en nuestro país, basten los resultados a los que llegaron los estudios dados a conocer en *Educación para una economía competitiva*, publicado por el Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C.

En los mismos se obtuvo como promedio de calificaciones del examen a alumnos de primaria el 4.83 (las particulares fueron las que arrojaron resultados más elevados con el 6.56 y, las federales alcanzaron el penúltimo lugar con un 4.72) y solamente el 16.3 por ciento de los alumnos aprobaron el examen —este trabajo fue publicado por la revista *Nexos*.

Un estudio realizado por la Secretaría de Educación y que comprende el periodo 1984-1985, arrojó como resultado que el aprovechamiento escolar entre los alumnos de primer año fue del 54.1 por ciento (o sea una calificación promedio de 5.4) para los de sexto año había disminuido al 20.9 por ciento (calificación de 2.0 sobre 10).

¿Qué tan lejos podemos llegar en un país en el cual los alumnos que terminan la primaria son menos de la mitad (el 43 por ciento) de los que ingresaron y lo hacen con una calificación promedio de dos? Y peor aún, la deformación continúa en los grados superiores, hasta arrojar esos

dramáticos resultados que fueron publicados bajo la rectoría del señor Carpizo, en los que se hablaba de nuestra máxima casa de estudios (*Fortaleza y debilidad de la UNAM*, 1986) y en los cuales se señala, entre otras cosas que: “la UNAM está admitiendo alumnos cuyos conocimientos en una escala de diez son de 2.25”.

Para colmo de males, ha existido y existe un dramático divorcio entre nuestras instituciones educativas y las empresas, lo cual impide que los jóvenes egresados puedan ingresar y acoplarse con las unidades de producción.

LA FALTA DE CULTO AL TRABAJO

Otro grave fantasma de nuestro subdesarrollo que nace en la familia, se fomenta en la escuela y en la sociedad toda, lo constituye nuestro repudio al trabajo. Mientras en Japón, Corea o Alemania existe un verdadero culto a la labor fecunda y creadora, en México lo verdaderamente sagrado es el descanso, las vacaciones, la parranda. No es casualidad el que tengamos, junto con Italia, el mayor número de días festivos oficiales en el mundo y uno de los más altos índices de “san lunes”.

“Que trabajen los burros, que tienen el cuero duro”, “que trabajen los pobres que para eso soy rico”, esos y otros muchos dichos populares

ponen de manifiesto nuestro rechazo al trabajo y ésto viene desde pequeños, cuando un niño es estudioso ¿qué es lo que dicen sus compañeritos? “Pobre Pepito míralo, es un matadito”, como diciendo: “no sabe lo que hace, se la pasa estudiando el muy tonto”.

Para muchos mexicanos el trabajo es un castigo bíblico, un mal necesario al cual, si no queda más remedio, hay que enfrentar. Por ello se le evade lo más posible.

¿Cómo celebramos nuestras fiestas patrias? No trabajando. ¿Y a nuestros héroes nacionales? No trabajando. ¿Y el día del trabajo? No trabajando. ¿Cómo vamos a cometer la osadía de manchar la memoria de Madero o Zapata, de la virgencita de Guadalupe o Hidalgo, trabajando, sería indigno para ellos! Por lo tanto: no trabajamos.

Y en el colmo, el propio gobierno establece días oficiales de descanso, con lo cual presiona a la sociedad para no trabajar. No debe extrañarnos, pues en esta materia son muchos los burocratas y funcionarios que nos dan verdadera cátedra.

CAMINO AL PROGRESO

El primer paso para progresar es conocer los demonios que nos mantienen atados al subde-

sarrollo, con ésto ya hemos iniciado nuestro proceso, el segundo es vencerlos.

Los padres y las madres, debemos demostrarles a nuestros hijos el amor que les tenemos enseñándoles a ser valientes, ambiciosos, trabajadores y fuertes; si queremos lo mejor para ellos los queremos triunfadores y no temerosos, sobreprotegidos y holgazanes.

Por eso, hoy día se necesita amor verdadero y constructivo para negarles a los hijos lo que les va a dar una satisfacción inmediata, pero les va a generar una debilidad futura, se necesita más cariño y preocupación real por los pequeños para darles un empleo —simbólico pero que los haga sudar— y que se ganen un peso, en vez de simplemente darles la moneda.

Si los amamos enseñémosles a ser independientes, productivos, trabajadores; a ganarse sus lujos, su lugar en la familia y en la sociedad. Estoy convencido de que no hay mejor sazón que el hambre, ni mejor cama que el cansancio y, nada malo les va a pasar a nuestros hijos si de vez en vez tienen hambre y cansancio por haber realizado una tarea que fortalezca su espíritu.

¿Cómo van a competir nuestros pequeños con los japoneses, alemanes y demás en un mundo cada día más pequeño y competitivo, si desde el hogar no los fortalecemos?

Y nosotros mismos debemos enfrentar esos te-

mores y esa condescendencia heredadas... de nada nos sirve culpar a nuestros padres o a nuestros abuelos por la educación que nos dieron, el mexicano dedica gran parte de su tiempo a justificar por qué no hizo las cosas, a inventar pretextos, pero eso no sirve a nadie.

De ahora en adelante, entreguemos resultados, no pretextos, y enfrentemos a nuestros miedos y nuestra pereza. Si detectamos que hemos dejado de hacer algo o de crecer por cualquiera de estos dos factores, es el momento de hacerlos a un lado.

¿Qué nuestro sistema educativo está muy mal? Ciertamente, pero de nada nos sirve achacarle a él nuestro fracaso, lo que no recibimos en la escuela hay que buscarlo en la calle, en los libros, en las experiencias ajenas.

Resulta muy común cuando terminamos la escuela y nos incorporamos al campo productivo dar por hecho que los estudios han terminado. Esa es una suposición que no fue válida antes y mucho menos ahora en un mundo, en una economía y un país que cambian tan rápido. La realidad es que jamás debe abandonarse el estudio. Hagamos lo que hagamos, si queremos progresar o tan siquiera no ser borrados del mapa, necesitamos actualizarnos y estudiar de aquí en adelante hasta que muramos de viejos.

Muchos maestros están dando a sus alumnos

en nuestras universidades, los apuntes que hace diez o quince años a su vez recibieran de sus profesores. Si nos atenemos a recibir estas antigüedades sin preocuparnos por lo que hoy se maneja en todo el mundo, en la gran mayoría de los casos estaremos perdidos.

¿Qué el sistema económico-político que nos rodea no es el adecuado? Ante tal situación hay dos tareas a realizar: 1) actuar con valor cívico para ayudar a cambiarlas —en un pueblo donde abunda la apatía y el terror a comprometerse— y, 2) salir adelante a pesar de encontrar grietas y escapar hacia arriba.

Necesitamos ponerle alas a la imaginación y empezar a pensar como primer mundistas “quien poco pide poco merece” reza el refrán y hay mucho de cierto en ello, necesitamos ser más ambiciosos pero sin olvidar que quien quiere recibir mucho tiene que dar más.

Y necesitamos crear un verdadero culto al trabajo, enseñarle a nuestra gente —y a nosotros mismos— que no sólo es el medio a través del cual ganamos el pan de cada día; que ya por eso es muy importante, también es el único camino a través del cual podemos enriquecer a nuestra sociedad y por ende, la alternativa para no ser parásitos de nuestra comunidad. El trabajo es la gran terapia para sentirnos importantes, necesarios, útiles. Es el camino a través del cual nos realiza-

mos y cuando lo damos a los demás no estamos ofreciéndoles un medicamento, un servicio, un pan o un libro, sino una pequeña parte de nosotros mismos.

Tengamos los millones que tengamos, por bien nuestro y de nuestra comunidad debemos trabajar y crear riqueza para todos, el mayor número de años posible.

Mas para que podamos entregarnos con entusiasmo a nuestro trabajo se requiere de un factor fundamental: amarlo. En el fondo es algo muy semejante a las relaciones entre pareja, si a usted le ponen como tarea el estar ocho horas diarias con la mujer o el hombre que más le gusta, lo hace de buen grado y si tiene que estar horas extras se sacrifica y aunque todo cansa, al final se siente feliz. Pues lo mismo ocurre con el trabajo.

¿Cuál es el común denominador de los triunfadores, de personajes tan distintos como Rockefeller, la madre Teresa de Calcuta, Pelé? Que todos ellos han amado su trabajo. Cuando hacemos lo que nos gusta por la misma razón generalmente lo hacemos bien y si así sucede, el progreso y el éxito llegarán tarde o temprano. Aunque no fuera así, el puro hecho de recrearnos en nuestra labor ya es una buena retribución.

¿Qué opina usted de una persona que por dinero se casa con la mujer que no ama? Aún más, con aquella que le cae mal, que le desagrada, que

casi odia y además recibiera sólo unos cuantos pesos al mes? Obviamente un acto de corrupción y por añadidura torpe, ya que está vendiendo su vida por una miseria. Pues lo mismo ocurre con quienes se dedican ocho horas diarias a un trabajo que no aman.

Es triste, en México hay millones de personas malgastando gran parte de su vida en trabajos que no aman, que detestan. Son quienes llegan lo más tarde que pueden, dedican el mayor tiempo posible a "prepararse" para trabajar, hacen lo menos posible, se van temprano y están listos para aprovechar todos los "san lunes", puentes, paros, etcétera. Esa gente está sentenciada a no progresar.

Si usted es de quienes por unos pesos, por la antigüedad, por las prestaciones... ha vendido su amor al trabajo, recuerde que debemos ser valientes y que muchas veces la diferencia entre ser un exitoso o un fracasado estriba en encontrar nuestra "bolita", en descubrir aquello para lo cual somos más capaces, generalmente lo que amamos y tener el valor de hacerlo. Si Fernando Valenzuela no hubiera encontrado una bolita de beisbol muy probablemente estaría cargando magueyes en Chahuaquila y si Maradona no hubiera encontrada una de futbol, muy probablemente estaría cargando bultos en Buenos Aires y

ni quien los conociera. Quizá con usted ocurra lo mismo si tiene el valor de buscar.

No vamos a progresar desde la hamaca. Los mexicanos ya hemos tenido una larga y dolorosa experiencia al respecto. Durante más de cuatrocientos años confiamos en la enorme riqueza natural del país para vencer la pobreza.

Cuando los españoles llegaron a nuestro territorio y se percataron de la enorme riqueza mineral que teníamos; en particular la plata—llegamos a producir más del 60 por ciento del total mundial durante los siglos XVII y XVIII, de hecho inundamos Europa con el metal y las monedas hechas en México eran utilizadas como dinero corriente en Asia—pensaron (como dicen ahora los jóvenes) “ya la hicimos” y obviamente no “la hicieron”.

Nuestros padres se dieron cuenta que México era el gran monopolista del “oro verde”, el henequén y pensaron que con eso “ya la habían hecho”, tampoco. ¿La vainilla, el palo de Campeche, la cochinilla? No fueron suficientes para vencer la pobreza. Hace unos cuantos años nos dijeron que debíamos aprender a administrar la abundancia, teníamos petróleo. ¡Ya la hicimos! Lo que vino después fue la crisis de 1982, una de las más graves que hemos padecido.

Entonces aquellos países que “si la hicieron” ¿cómo le hicieron? Japón, cinco veces más pe-

queño que nuestro territorio nacional y casi sin recursos naturales, Corea del Sur con un territorio que equivale a una vigésima parte de nuestro tamaño, Hong Kong, Singapur, más pequeños que cualquiera de nuestros estados, sólo tenían un recurso importante por aprovechar, pero ese era y es el más importante de todos: el hombre. Y con él salieron adelante.

De muy poco sirve tener las tierras más ricas, grandes yacimientos minerales, petróleo, etcétera, si no tenemos el elemento humano adecuado. De muy poco sirve tener la tecnología más avanzada, las industrias punta de lanza, si no tenemos el factor humano que sepa aprovecharlas.

Ya es tiempo de entender que no van a ser los recursos naturales del país—mal aprovechados por cierto—los que nos van a sacar adelante, tampoco los capitales extranjeros, con todo lo importantes que éstos son, sino el factor humano. Y es el hombre, el mexicano, lo que menos hemos desarrollado y aprovechado en este país.

A finales del siglo veinte aún venimos cargando una serie de absurdos clasistas de la colonia. Recuerdo una ocasión que fui a dar una conferencia en la hermosa ciudad de San Cristóbal de las Casas en Chiapas; al terminar el evento le pregunté al organizador cuántos habitantes tenía San Cristóbal a lo cual me respondió con toda naturalidad: “somos como noventa mil habitan-

tes y doscientos mil indios”. ¡Todavía nos dividimos en habitantes e indios!

Y aunque no de manera tan dramática, ciertamente en el resto del país nos seguimos dividiendo en habitantes y nacos, en empresarios y empleados, la sociedad y la raspa. Con divisiones tan grandes es difícil que el pobre pueda aspirar con facilidad a mejorar su estrato socioeconómico, lo cual hace del mexicano el peor enemigo del mexicano.

El empresario suele echarle la culpa de la ineficiencia de su empresa a los obreros, éstos culpan al patrón de sus bajos salarios, el mexicano mismo culpa a sus propios compatriotas del subdesarrollo que padecemos: “cómo no, si estamos llenos de mexicanos” y con esto se nos olvidan dos puntos de fundamental importancia: 1) no existen las super razas y no somos menos que otros, prueba de ello es que el estado de California, en los EU, el más rico del país más rico del mundo, tiene entre 8 y 10 millones de mexicanos o descendientes de mexicanos trabajando en él permanente o temporalmente y 2) con estos seres humanos nos tocó trabajar, con ellos hay que sacar adelante la empresa y nosotros bien o mal, somos parte de ellos.

Debemos dejar de quejarnos de los defectos de los mexicanos —ciertamente los tenemos, pero también tenemos muchas cualidades— y pensar

que precisamente es a ese elemento humano al que debemos cambiar porque es la clave del progreso. Y más ahora, cuando el factor servicio es cada día más importante y esto es trato de hombre a hombre. Entonces ¿qué es lo que debemos capacitar?

Y nuestra labor debe iniciarse con quien más nos preocupa: uno mismo. No podemos dar nada si tenemos el bolsillo vacío, hay que llenarlo de ideas de progreso, de ejemplos, de valores.

Porque en contra de lo que muchos piensan, el verdadero progreso no consiste en ganar más dinero: los narcotraficantes, los asesinos a sueldo, los políticos corruptos pueden estar hinchados de dinero y no por ello han progresado ni hacen progresar a su sociedad.

Un individuo, una sociedad y un país progresan cuando logran una mejoría sustancial de su nivel de vida. Si esa o esas personas son más eficientes en su trabajo, si tienen un mundo más sano ecológicamente, si hay un verdadero respeto a la vida, a la libertad y a la propiedad, si hay honradez, respeto y amor por los demás habrá verdadero progreso, y por añadidura más riqueza económica.

En la sierra de Guerrero, Oaxaca, Chiapas, en Veracruz y otros lugares del país, es común encontrarse al cacique o al rico de la zona. El señor puede tener muchos millones de pesos pero vive

prácticamente igual que sus vecinos sólo que bebe más y mejor, usa una mejor pistola, tiene más mujeres. Eso no es progreso, son mental y espiritualmente tan subdesarrollados como los demás. Quien vive en las grandes ciudades, también tiene mucho más pero está acosado por el estrés, por la angustia diaria llevando una vida insatisfecha y tampoco es una persona desarrollada. Y, el típico junior, el "hijito de papi" que vive de aquello que él no produjo, es un parásito de lujo que no aporta nada a la sociedad, ese tampoco es un ser desarrollado.

Antes se tenía la convicción de que un país, una sociedad y un individuo desarrollados, eran aquellos que tenían un ingreso per capita de determinados dólares al año. Ahora se han dado cuenta los especialistas que factores como: la salud ambiental y la seguridad pública son parte del concepto de desarrollo.

Y aunque se escuche raro en voz de un economista, creo que debemos cambiar y ampliar aún más el concepto, si lo que nos importa en última instancia es el ser humano y el desarrollo, por uno más sano y con mayor crecimiento espiritual, psíquico, cultural y económico del hombre.

Porque si consideramos desarrollado y próspero a un hombre que ha acumulado muchos millones, incluso que es muy productivo, pero va arrastrando una úlcera o un infarto por la ten-

sión en el trabajo, tiene una familia y una vida destrozadas, tiene que beber para relajar la tensión, tiene años sin saber qué es divertirse, y por otro lado tenemos a un lama tibetano o a la madre Teresa de Calcuta sin dinero, sin tarjeta de crédito, pero con una vida plena aún en pleno "subdesarrollo" me quedo con estos últimos.

El dinero es un instrumento, un medio maravilloso, pero no un fin en sí mismo y es un grave error olvidarlo. Podemos decir que como seres humanos estamos progresando conforme: 1) tengamos un trabajo que realmente nos guste, que amemos, y sintamos que nos realizamos al hacerlo; 2) estemos en armonía con nosotros y con los demás, queriendo y respetando al prójimo y a nosotros mismos de manera constructiva; 3) luchemos para que nuestro país y nuestro mundo vivan mejor.

Aún desde el punto de vista estrictamente económico es de gran importancia inculcar valores morales. ¿No quisiera usted como empleado o como compañero de trabajo a una persona honrada, honesta, que hable con la verdad, que sea cumplida, respetuosa, lleve una vida familiar y personal sana, que ame a su trabajo? Esos valores curiosamente nos hacen más productivos.

Para elevar los valores en la Bolsa Mexicana, es necesario y conveniente elevar primero los valores en la mente y el espíritu de nuestra gente.

Un individuo sano, en el amplio sentido de la palabra, siempre será más productivo y desarrollado que uno enfermo.

CAPITULO V

GIGANTESCOS HORIZONTES

Detengámonos por un momento de las carreras cotidianas, observemos lo que nos rodea, nuestras potencialidades y no tardaremos en percatarnos de que somos unos verdaderos privilegiados.

Privilegiados porque nos tocó en suerte vivir en un país extraordinario, y no hay exageración en estas palabras, hay países que viven casi exclusivamente del petróleo —y viven mejor que nosotros— mientras México tiene la cuarta reserva a nivel mundial.

Hay países que viven de la minería, nosotros tenemos la tercera reserva más importante del mundo, hay quienes viven de la pesca, nosotros tenemos cinco veces más por kilómetro cuadrado que Estados Unidos y Canadá. También hay quienes viven de la madera, nosotros contamos con bosques templados y selvas tropicales que nos colocan como la 11 reserva forestal del mundo.

Hay países que viven principalmente del turismo, nosotros contamos con doscientas playas

de las más hermosas del mundo, gran variedad de paisajes naturales que van del desierto a la selva, de la montaña nevada a la costa, uno de los legados arqueológicos más importantes del mundo, un importante legado arquitectónico colonial.

Mientras que muchos países no tienen una música propia, nosotros contamos con la trova yucateca, el mariachi del Bajío, las chilenas de la costa chica en Guerrero y Oaxaca, las polkas en el norte... Tenemos una de las tres comidas más variadas del mundo, la mayoría de las variedades del dulce típico, y una enorme gama de artesanías...

Tenemos una ubicación geopolítica verdaderamente privilegiada compartiendo tres mil kilómetros de frontera con el primer exportador de turistas del mundo y el mercado más grande, como son los Estados Unidos. Estamos comunicados por los dos océanos más grandes del mundo y servimos de eslabón entre la América latina y la América sajona.

Sin ser el paraíso terrenal, debemos reconocer que la naturaleza ha sido sumamente generosa con nosotros, si nos dedicamos a destruir bosques y lagos... eso ya es problema nuestro.

Pero además es un país noble con una gran variedad de climas y subclimas benévolos en la mayoría del territorio. Cuando usted se encuentre en Morelos, en el Bajío, en la misma

ciudad de México y se queje del clima recuerde que en esos países desarrollados que admiramos, la gente tiene que pagar un alto costo: tres, cuatro, seis o más meses al año, para tener una temperatura ambiental semejante a la que nosotros disfrutamos y de la cual no pocas veces nos quejamos.

Habrà quien recuerde y con razón que no han sido los recursos naturales quienes nos han permitido salir de la pobreza y que muchos de los países desarrollados y prósperos no los poseen, es cierto, pero también lo es el hecho de que contar con ellos no estorba, al contrario, debe facilitar notablemente nuestro desarrollo.

Pero además somos privilegiados porque a pesar de nuestro servicio de seguridad pública tan deficiente y en no pocas veces tan corrupto, estamos a salvo —hasta el momento—, de los problemas de terrorismo que otros pueblos sufren, tampoco tenemos un ejército de desquiciados dedicado a matar inocentes en masa, como los hay en otros países.

Somos privilegiados porque contamos con una población joven y en su mayoría sana, la cual promete un futuro más brillante, un enorme ejército de progreso, en espera de su desarrollo.

Lo somos porque estamos leyendo este libro cuando hay tantos que no pueden, porque tene-

mos interés en favor de cómo se progresa, cuando hay tantos que no quieren saber nada de la vida.

Por todo esto y mucho más somos los privilegiados, pero quienes más reciben deben ser los que más dan, como dice el evangelio “según los dones que se te dan son las cuentas que se te piden”.

En estos momentos es difícil encontrar en el mundo un país con las condiciones que tiene México para lograr un desarrollo económico fuerte y permanente.

¿Se imagina lo que estarían dispuestos a dar Taiwan y Hong Kong por estar cerca del sur, cuando tienen que atravesar el océano más grande del mundo para vender un cepillo de dientes en los Estados Unidos? ¿Lo que darían por tener *dos* metros de frontera común? Harían cuarenta pasos a desnivel para pasar sus mercancías. Nosotros tenemos tres mil kilómetros y no hacemos caso.

Cuentan que en una ocasión, cuando un periodista entrevistaba a Ludwig Erhard, el creador del “milagro alemán”, al enterarse éste de que era mexicano le preguntó ¿cuántos kilómetros de frontera tienen ustedes con Estados Unidos? A lo cual el reportero contestó: —“tres mil kilómetros señor”. El economista se quedó pensando y añadió “nosotros necesitamos dos metros setenta centímetros”—. El espacio que

requieren sus caminos para poder pasar sus mercancías.

Ahora, con la apertura comercial, México puede y debe convertirse en el trampolín ideal para que empresas japonesas, coreanas, europeas... se instalen a dos metros del mercado más grande del mundo y a la vez ser el puente natural para los productos latinoamericanos que busquen su ingreso a los Estados Unidos.

Se están dando cambios en nuestras leyes para permitir una mayor competencia, se están retirando algunos de los obstáculos que tradicionalmente han impedido nuestro desarrollo. Incluso existe la preocupación y cambios en el campo educativo que nos llevan a esperar un futuro promisorio.

Haciendo un símil con la naturaleza diremos que tenemos una tierra rica y prometedora, la semilla, la mano de obra, lo único que nos falta es el clima adecuado, nos falta que nos llegue una primavera de ideas nuevas y frescas que hablen de productividad, eficiencia, realización, valores humanos y siendo optimistas —pero con bases para ello—, creemos que ya está empezando a sentirse un calor de primavera.

Durante siglos hemos sido pobres a contrapelo, por no tener todo para ser una potencia nuclear y militar —lo cual es lo que menos nos interesa— pero pudiendo ser un país con altos niveles de

vida y un ambiente sano, sin embargo, hemos vivido entre el despilfarro y la anemia, entre la exuberancia natural y la miseria humana.

Pues bien, hay razones para pensar que nuestro tiempo ha llegado, pero no se trata de un hecho determinante, ha llegado si realmente somos capaces de hacerlo llegar. El libre comercio, la inversión extranjera, la competencia mundial ayudarán, pero no serán suficientes si nosotros no somos capaces de cambiar como seres humanos y como sociedad.

Con sólo pensar un poco nos daremos cuenta de los enormes horizontes que tiene un país cuyo territorio es casi tres veces mayor que el de Japón (la segunda potencia del mundo), lo que era Alemania Federal (la primera potencia de Europa), Taiwan, Hong Kong, Singapur y Corea del Sur (los tigres del Pacífico), ¡juntos! Con mejor ubicación geográfica y una mayor riqueza de recursos naturales.

Puede parecer exagerado, pero no hay razón para que este México subdesarrollado y pobre —económicamente— de hoy, no viva un surgimiento tanto o más importante que el de países protagonistas de “milagros económicos” como Japón, Alemania, Corea del Sur, Singapur...

Mas, para aprovechar debidamente nuestro enorme potencial natural y humano, es necesario tener la disposición y el coraje para cambiar las

reglas del juego económico, la actitud y la disposición mental de nuestra gente.

CONCLUSIONES

La gran constante del mundo actual es: el cambio. Vivimos una época de dramáticas transiciones en las cuales, la esperanza y el optimismo conviven en el mismo día, con la inquietud y el pesimismo dejamos atrás una larga y difícil etapa de estatismo. En este siglo que termina, hace tan sólo unas cuantas décadas, la humanidad supo de las manifestaciones más intervencionistas en la vida económica, social, intelectual e incluso íntima de las personas por parte de gobiernos fascistas, nacionalsocialistas, como supo también de las guerras, las injusticias y los abusos contra derechos humanos y la pobreza que generaron.

Se nos planteó la alternativa de gobiernos paternalistas, populistas, planificadores, empresarios, como solución a los graves problemas de la humanidad. Se pensó que un ejército de “ingenieros sociales”, de burócratas, líderes y técnicos altamente especializados eran los que debían dirigir a las masas y mostrarles el camino adecuado para su superación. El tiempo nos mostró que los gobiernos no pueden y tampoco deben manejarlo

todo, que muchas veces lo hacen mal, a un costo social y económico exageradamente alto y que generan corrupción, por lo cual es preferible dejar al hombre en uso de su libertad y al libre mercado, la solución de la mayoría de sus problemas.

Y es ese el camino por el cual ahora empiezan a transitar muchos pueblos, particularmente los de Latinoamérica y claro está: México. Es por eso que hablar sobre cómo progresan los países, las empresas y las personas hoy día, tiene una relevancia mucho mayor que en tiempos pasados, porque ahora hay espacios cada día mayores para que usted y yo podamos influir en este sentido.

El destino del país ya no depende absolutamente de la decisión de un presidente, como ocurrió durante tantos siglos, porque aunque éste siga teniendo un poder exagerado cada día son más importantes las decisiones que se toman a través del libre mercado, las cuales responden a los gustos o preferencias del consumidor, a las acciones de la empresa privada, a las ideas de una persona como usted o como yo con ayuda de los medios de comunicación.

Cada día tenemos un poco más de margen ideológico y práctico para ser los directos responsables de nuestro progreso, de nuestra empresa y nuestro país. Ciertamente estamos aún muy lejos de lo ideal, pero la tendencia es positiva y nuestra

responsabilidad moral y social es ayudar para que continuemos camino a ella.

Tenemos por primera vez en nuestra historia, un ambiente ideológico propicio para la libre iniciativa individual —en el mundo y en el país— las reglas del juego, las acciones gubernamentales e incluso la actitud del ciudadano de la calle también está cambiando a favor de este sentido y contamos con un país noble y generoso.

Durante muchos siglos hemos sido pobres, fruto de sistemas feudales, mercantilistas, populistas, socializantes y a la vez como resultado de estos errores, hemos desperdiciado y destruido de manera infame las enormes potencialidades naturales y humanas de este generoso país. Quizá ahora, con un sistema adecuado y un cambio profundo en la mentalidad del hombre de la calle y del de empresa, el cual nos lleva a ser más competitivos, veamos por fin surgir el tipo de nación sana, próspera y bella que queremos.

Nadie posee la bola de cristal para asegurar que el futuro de México es de prosperidad. Pueden pasar muchas cosas en los tiempos por venir y sólo Dios sabe cómo vivirán nuestros hijos dentro de quince o veinte años, con honestidad creemos que nuestro porvenir es promisorio. Pero, lo más importante es que en este momento existen las condiciones propicias para trabajar a

modo de que ese futuro sea lo más semejante posible al que deseamos.

Es ahora, no mañana, cuando debemos sembrar en quienes nos rodean la mentalidad del desarrollo. Es ahora y quizá no mañana, cuando estamos en posibilidades de hacer nuestra parte: aprender de quienes supieron hacer bien las cosas y abogar por un desarrollo que vaya mucho más allá de lo exclusivamente económico.

Podemos luchar a favor de una sociedad, realmente desarrollada donde además de que todos tengan lo suficiente para comer, de contar con cultura, lujos y comodidades, podamos también garantizar la justicia, el respeto a la vida —humana, animal y vegetal—, a la libertad en todas sus expresiones, a la propiedad, y a los valores morales que son más nuestros.

Esta primera edición de *Como progresan: los países, las empresas y las personas* consta de 2 000 ejemplares y se terminó de imprimir en los talleres de Avelar Editores Impresores, S.A. Bismarck No. 18, Col. Moderna, Deleg. Benito Juárez, C.P. 03510, México, D.F., en diciembre de 1995.